

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Periodismo y Comunicación
Social



Trabajo Integrador Final

Título: Inglaterra en La Plata

Crónicas sobre inmigrantes ingleses en La Plata

Modalidad: Producción

Director: Prof. Dr. Fernando Alfón

Alumna: Irma Susana Withington

Legajo N°: 20231/9

DNI: 6 161 719

Correos: susanawithington@hotmail.com

wsusana112@gmail.com

Fecha: Junio de 2019

Índice

- I. La partida y la llegada
- II. Tolosa
- III. La voz de Jane
- IV. Un país de inmigrantes
- V. El libro
- VI. La vida
- VII. Horas difíciles
- VIII. El regreso
- IX. A partir de 1920
- X. Chester

Prólogo

Aquella mañana de sol quedó grabada en mi memoria. Íbamos por la calle 28 (hoy 528) desde el camino General Belgrano hasta 119 a ese lugar lleno de árboles altos y pastizales. Habíamos bajado del ómnibus Río de la Plata que nos traía de Capital. Papá me llevaba de la mano. Al llegar, yo miraba asombrada la casona de madera y el terreno que había sido el lugar de su infancia en Tolosa. Era la casa que habían construido mis abuelos paternos, los que vinieron de Inglaterra.

Muchas imágenes surgían en mi cabecita de niña cuando él me contaba los juegos con los pibes del barrio, las travesuras que hacían enojar a su madre, sus primeros trabajitos por unas monedas para golosinas, los viajes al fondo del aljibe para buscar la bebida que se ponía a refrescar, las dificultades para aprender el idioma y tantas anécdotas más. Trataba de imaginar a mi padre cuando era un niño pero hacía el esfuerzo de prestar atención a sus relatos, a lo que contaba de su viaje y de la guerra, porque mis abuelos ya habían muerto y no había demasiada gente dispuesta a hablar sobre el tema.

Sentía mucha curiosidad por esa historia del cruce del océano desde Europa y de abandono del lugar de origen. Me costaba entender el porqué de tanto sacrificio, del gran cambio de vida al que se vieron obligados. Una parte de esos interrogantes se mantenía en un rincón escondido de mí. Me movilizaba el placer

por explorar en el pasado, narrar, describir y relacionar con el presente.

Quizás estaba latente, desde entonces, la necesidad de investigar y comunicar. A lo largo de la vida busqué distintos caminos en los que siempre puse una gotita del néctar de la expresión, a través de la escritura. Fue en el aula, como docente, que busqué transmitir ese germen adormecido en mis alumnos y un día, alejada ya de las rutinas complicadas, me incorporé a un taller literario.

Descubrí que escribir es un trabajo que implica dedicación y esfuerzo. Armar y desarmar las ideas. Recopilar información. Seleccionar y saber valorar entre muchas situaciones lo relevante para ser volcado en un papel.

De la mano del conductor de ese taller, el profesor Fernando Alfón, en 2008, en las instalaciones del Museo Almaguer, empecé a dar los primeros pasos de un conocimiento formal, menos intuitivo y basado en lecturas bien orientadas, que retroalimentaron mi imaginación. El siguiente paso fue ingresar a la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, donde me brindaron todos los elementos para concretar un sueño y contar con los recursos para hacer viables los proyectos. Experimenté una dualidad de sentimientos que muchas veces se pusieron en lucha en mi interior y sin quererlo, desataron un cúmulo de pensamientos sobre el sentido de la nacionalidad. De alguna manera, la expresión de una mezcla de sangre inglesa y argentina se daba en una lucha interna. A veces se resolvía con un silencio y otras, se expresaba en gritos que

recorrían las venas y las arterias y quedaban en el cuerpo. En 1982, por ejemplo, durante la guerra de las Islas Malvinas, sentí que mi apellido no debía ser pronunciado. Pero mi padre me había enseñado a querer a este suelo que, según decía, le había dado todo y aquí se quedó hasta el final de su vida. Por eso surgió mi interés por conocer a los inmigrantes, a quienes consideré arrojados y emprendedores de hazañas muchas veces ignoradas. Me acerqué a estudiar el tema de la dominación territorial, el Imperialismo y lo que surgió a posteriori de la descolonización con el poder hegemónico del capitalismo financiero. Todo me llevó a entender la historia de dependencia económica, que generaba actitudes de enfrentamiento con el neocolonialismo y las grandes potencias que se sirvieron de nuestros recursos. Al fin pude sacar algunas conclusiones que desearía analizar más a fondo sobre la conformación de nuestro ser nacional, este cóctel compuesto por ingredientes de todo el mundo que nos hace manifestarnos como somos.

En la búsqueda de las propias raíces viajé a Chester, en Inglaterra. Muchos sentimientos afloraron cuando descendí del tren en esa estación ferroviaria que habían pisado mis abuelos y mi padre. Sentí que había destapado un cofre de recuerdos. El aire de la primavera me abrazaba y me empujaba a recorrer y a descubrir esos fantasmas que esperaba encontrar. Todo mi asombro y una mezcla de pena y alegría quedarían capturados en imágenes pero atrapados para siempre en el corazón.

Introducción

Tu cuna ya era un barco
de mares demorados
y de ausencias.
Pobre madre,
portaba en su mirada
distante y abatida
la luz del desencanto
triste flor de su tierra prometida.

Rubén Benítez

Intenté narrar los episodios de una historia real y muy cercana a mis afectos. Los fui hilvanando y uniendo como trozos de tela, rescatándolos del pasado y vinculándolos con el presente. Empecé una búsqueda en el ayer y saqué a relucir objetos muy guardados y muchos recuerdos. Siempre el desarraigo y la adaptación al cambio, llevan implícitos la pena de las despedidas, las separaciones, las pérdidas y quizás algún reencuentro. Como todo lo que se cuenta sobre los inmigrantes, tiene notas de soledades y sacrificios. Por eso surgen preguntas que tal vez, en esta narración pueda responder.

¿Quiénes eran? ¿Qué buscaban? ¿Cuáles fueron las causas que los llevaron a dejar todo y a intentar otra vida? Persecuciones, hambrunas, el sueño de un espacio donde construir una vida, las guerras, el espíritu aventurero y los contratos de trabajo, los

hicieron embarcar un día y venir a la Argentina promisoría. La que debía ser poblada y precisaba de manos fuertes para levantarse.

Las representaciones sociales construidas sobre los inmigrantes europeos dieron cuenta del trato discriminatorio que sufrieron. Al incorporarse a la vida cotidiana e interactuar con los nativos del país constituyeron un emergente que produjo cambios; un reto para desestabilizar la cohesión social existente.

Existieron “cadenas migratorias”. Los que iban a venir desde Europa se conectaban con inmigrantes anteriores que les daban información, antes de su venida, y alojamiento mientras se instalaban. Las relaciones sociales entre gente de la misma comarca o una localidad cercana facilitaban los pasos de quienes los querían seguir en la empresa. La inmigración que llegó aquí estuvo constituida principalmente por italianos y por españoles. Una manera de atraer a los potenciales emigrantes era la intervención de los agentes de empresas navieras, que se ocupaban de visitar aldeas para distribuir mapas y folletos. Hacían propaganda y trataban de captar a los viajeros. De esta forma cobraban comisiones por cada embarcado.

La población de la ciudad de Buenos Aires creció de 177.787 habitantes en 1869 a 950.891 en 1904. Así comenzaron a surgir problemas de vivienda entre los sectores populares. Los conventillos fueron las opciones utilizadas. Allí cada familia ocupaba una habitación y compartían, entre varias, la cocina y el baño. Muchos recién llegados ocuparon casas de los porteños que

se habían alejado de Buenos Aires por las epidemias en 1871. Otros se trasladaron al campo.

Los ingleses vinieron en escaso número, comparados con los viajeros de otras nacionalidades. Conservaron su identidad y sus costumbres. Los que vinieron a trabajar en los ferrocarriles tuvieron diversos destinos. Pero no pudieron encerrarse en sus propias historias porque forzosamente debieron establecer relaciones con otros.

El enfoque esencialista, el más clásico, define a la identidad como lo que permanece inalterable a través del tiempo, lo idéntico a sí mismo, lo que perdura conforme a ciertos rasgos esenciales. El enfoque relacional, en oposición al anterior, considera a la identidad únicamente en términos de la dinámica social que caracteriza a los grupos sociales, en tanto sostiene que la noción de identidad es una construcción colectiva y polifónica, abierta, siempre en construcción y sujeta a la posibilidad de resignificación, según las condiciones históricas.¹

Escribir estas historias obliga a internarse en lo más profundo de uno mismo. En las vidas y características de las personas, que somos descendientes de los inmigrantes de distintos períodos. En nosotros, se evidencia un sello del nacionalismo heredado. Esta mezcla sanguínea forma la base del ser nacional sumada al componente de los dueños de la tierra, los pueblos originarios. Ellos fueron los que prestaron su lugar para otros hombres del

¹ CHIRIGUINI 2006,94-95.

mundo. Fueron avasallados y espoliados por los conquistadores. Después de centurias, las políticas migratorias de los gobiernos, con mirada europeizante, generaron una oportunidad para la inmigración. Para los migrantes trabajadores todo fue un gran sacrificio: integrarse a una sociedad extraña y conseguir un modo de vida y de progreso. Una posibilidad de ascenso social significó el acceso de sus hijos a la escuela. Mejorar la condición laboral fue otra meta. Ser reconocido y no estigmatizado por los nacionales resultó una lucha para ganarse un espacio.

Asumir una identidad significa tomar conciencia de valores y prácticas asociados en un determinado contexto histórico. Así en la vida cotidiana, las personas pueden alternarse diferentes identidades, según las circunstancias.

En realidad todas estas identificaciones son partes de uno mismo, de “mismidad,” son como las capas delgadas de una cebolla que conforman al fin y al cabo una unidad y que se van constituyendo en nosotros como experiencias sociales e históricas producidas colectivamente y en el plano de la subjetividad.²

² CHIRIGUINI 2006,109.

Capítulo I

La partida y la llegada

Puerto...

Memorias en bisagra, de lo que se abandona y lo que se inicia,
del eterno devenir del flujo persistente de las aguas
y lo que ellas traen y se llevan.

Diana B. Wechsler

El vapor Elisa Anna se alejaba del puerto. Las luces de Liverpool se iban debilitando en el horizonte, desdibujado por la bruma. Era una madrugada fría de diciembre de 1905. Ellos estaban ahí, en la cubierta, abrazados, dándose el calor de sus cuerpos y de sus sentimientos.

Un matrimonio de jóvenes con un bebé de apenas un mes de vida se despedía de su país. Ambos balbuceaban un adiós doloroso, que en verdad, hubieran deseado gritar. Dejaban su tierra natal para buscar otra vida en América. Thomas viajaba con una profesión: maquinista de tren. Jane era ama de casa y madre de Tommy.

Aquel hombre repetía, como un rezo silencioso, las palabras aprendidas en su niñez: — *Un inglés no debe llorar* Trataba de calmar a su mujer que pensaba en el hogar que quedaba atrás, en su vida familiar y le preguntaba entre sollozos si podrían retornar algún día.

Las explicaciones parecían ser insuficientes para serenarla, ya que de por sí, le había costado tomar la decisión de acompañar a su marido. Thomas insistía remarcando las horas difíciles que se vivían en Inglaterra después de la muerte de la Reina Victoria, ocurrida en 1901, tras sus 64 años de reinado y el advenimiento de Eduardo VII, el nuevo monarca. Todo el cambio generaba un destino incierto para el pueblo inglés. Chester, la ciudad en la que vivían había dejado de ser un puerto importante. Los campesinos buscaban desorientados un trabajo en las grandes ciudades y la pobreza se hacía notoria a cada paso.

Friedrich Engels³, describió la grandeza de Inglaterra a partir del siglo XVIII y luego, en el XIX, reflejó con sus investigaciones, la pujanza de Londres, Manchester, Birmingham y Leeds. Sin obviar detalles, reveló el oscuro mundo de la explotación de las personas. Los niños y jóvenes trabajaban en las fábricas en condiciones infrahumanas y terminaban sus días con enfermedades causadas por el esfuerzo excesivo, el maltrato recibido y la desnutrición. Muchas familias vivían hacinadas, cubriendo turnos de labor durante el día o la noche, ya que la consigna era producir, sin tener en cuenta las consecuencias a nivel social.

Desde mediados del siglo XIX, Manchester se había convertido en el centro de la Revolución Industrial y Thomas quería mostrarle a su mujer, a través de sus palabras las penurias que vivían los obreros y sus familias. Con los ojos húmedos, Jane veía como Liverpool se transformaba en una pintura cada vez más

³ ENGELS 1845.

diminuta... hasta desaparecer. Ya estaban rodeados por el mar oscuro y la angustia golpeaba como las olas contra el casco del barco.

El amanecer los encontró ordenando sus pensamientos. Ella amamantaba al pequeño, que estaba inquieto. Él salía a caminar hacia la proa para fumar sus cigarrillos. Lo hacía de a ratos, quizás como un signo de ansiedad frente al futuro. Sentía nostalgia, pero tenía la dureza y la convicción de haber elegido el mejor camino, para sí y para su familia.

Durante la travesía, Jane pasaba sus días alejada de la gente, con un silencio difícil de quebrar ante la imposibilidad de comunicarse con la mayoría de los viajeros. Algunos miembros de la tripulación hablaban inglés. El resto se expresaba en una combinación de idiomas que se mezclaban y eran voces inentendibles para ella. Thomas demostraba buena disposición para comprender a quienes se enfrentaba. Los gestos aportaban lo necesario. Los mensajes eran transmitidos a través de las manos, las miradas y el desconcierto. No había otra forma de hacerse entender. Pocos viajeros compartían su misma lengua.

Alice y Peter Anderson eran pasajeros y estaban en sus mismas condiciones, iban con su pequeña hijita Ruth. Habían vivido en Bristol, él era ferroviario y tenía el mismo destino que Thomas. Los italianos habían abordado el vapor en su primera escala. Hablaban mucho. Ellos cantaban melodías nostálgicas por las noches. Durante el día, subían el tono de voz, gritaban y parecían discutir casi en forma permanente. Gente de distintas

nacionalidades se encontraba en el barco. Algunos viajaban con lo puesto. A lo sumo un atado de lienzo, en el que transportaban un poco de ropa pero tenían un equipaje gigante de ilusiones y muchos miedos. Por aquellos tiempos, las mujeres no tomaban decisiones sobre sus vidas. Cuando eran solteras le debían obediencia a su padre y al casarse, a su esposo. Los derechos estaban restringidos y no se podía transgredir la norma establecida por la sociedad. A tal punto que en el transcurso de 1905 una mujer, Christabel Pankhurst irrumpió en una reunión del Partido Liberal inglés y reclamó el derecho al sufragio femenino, por ese motivo fue encarcelada.

Jane y Thomas se adaptaron a ese viaje que fue tranquilo en los primeros días. Una vez pasada la línea del Ecuador, el cielo se cubrió de nubes oscuras y el viento levantó el oleaje. El mar se volvió posesivo. Embistió a la nave con una fuerza increíble y generó terror entre los pasajeros. Thomas recibió un golpe en la cabeza cuando iba a refugiarse con su mujer y el pequeño. Jane sintió pánico al ver a su marido desorientado y con una herida sangrante. En la confusión de esos momentos y en pleno vaivén, alguien se acercó a brindarles ayuda. Otro soñador que había dejado sus orígenes para empezar una nueva historia en el suelo americano, sin entenderse demasiado con palabras, porque era español, asistió a Thomas. Envolvió con vendajes su cabeza y trató de serenar a Jane. Los condujo a un lugar seguro donde permanecieron los cuatro durante algunas horas y soportaron así la dureza de la tempestad.

Un nuevo día empezó y se reinstaló la calma. Todos habían sentido la necesidad de ayudarse y con sus rostros desencajados, se daban ánimo para seguir. La travesía iba a durar bastante tiempo y habría que volver a juntar fuerzas para lo que vendría. No resultaba atractiva para Jane la permanencia en el mar. Ella había vivido en una casa cómoda y sin necesidades. Sus padres y sus hermanos tenían ocupaciones dignas y podían subsistir sin mayores dificultades. Su madre era descendiente de irlandeses y les inculcó su religión. Thomas provenía de una familia de militares, aconsejado por ellos resolvió abandonar Inglaterra y firmar el contrato de trabajo con el ferrocarril. Para ser esposo de Jane, aceptó la creencia familiar de ella y permitió el bautismo católico de su hijo. Él era protestante. Un motivo de enfrentamiento que, con frecuencia, se producía entre ambos.

El transatlántico Elisa Anna, en el que se trasladaban, realizaba viajes desde 1888 y transportaba trabajadores para la construcción de las redes ferroviarias en América Central y en América del Sur. Era propulsado por motores de vapor y podía navegar durante semanas sin avistar las costas. En el comienzo de sus traslados, condujo unos setecientos trabajadores que llegaron a Costa Rica contratados por unos meses, pero luego se afincaron en el lugar, ante la dura exigencia de sus empleadores y la imposibilidad de volver por sus medios.

Después de un mes difícil, se produjo el arribo de esta familia inglesa a Buenos Aires. Desde la cubierta, con sol y calor, se podía divisar la costa. Algunos árboles y edificios irrumpían en el paisaje

que durante días se había repetido con monotonía, en el color inquieto y variable del océano. Era el 30 de enero de 1906. Después del desembarco y con los temores propios de recién llegados, Jane y Thomas dejaron sus datos en el Hotel de los Inmigrantes. Él se presentó con su nombre y apellido, dijo su edad, tenía veintiocho años; su estado civil y su profesión. Profesaba la religión protestante. Era inglés y procedente de Liverpool. Con esos datos completó su certificado de ingreso a la Argentina.

No iban a permanecer en el refugio de recién llegados, aquel hotel que recibía a las familias y les daba albergue hasta que se pudieran ubicar con un trabajo, en la ciudad o en el campo. Ellos venían con un destino. Al principio fue la localidad de Bavio, pero en muy poco tiempo arribaron a Tolosa, población cercana a La Plata, y allí se afincaron, como tantos otros que este país recibió con los brazos abiertos, por su necesidad de manos laboriosas. Para los que venían desde Europa había consideraciones muy dispares. Se encontraban con otros inmigrantes tan ajenos como ellos a las historias y modismos del lugar y además, con criollos desconfiados, que no siempre les daban la bienvenida.

El desconocimiento y el desarraigo entristecían su vida cotidiana. Se sentían “los de afuera”. La ausencia de afectos cercanos, la desconfianza y la incertidumbre creaban un cerco que limitaba sus movimientos. Así quedaban atrapados entre el trabajo y la añoranza. Se podría decir que se mimetizaban con el ganado que los arrieros ponían en el corral de la estación tolosana, los que después de un largo recorrido, esperaban ahí su destino definitivo.

Capítulo II

Tolosa

La razón de ser de las ciudades no se fija a priori.
El puerto no será puerto, porque no se va por ahí a ninguna parte,
si no es a la ciudad de Buenos Aires,
y la capital de Tolosa será una fruta pasmada
o un niño atrofiado desde su nacimiento.

D.F.Sarmiento

Trataré de recrear con palabras, el lugar al que arribó Thomas con su mujer y su hijo. Intentarlo es como unir pequeñas baldosas y reconstruir con ellas un dibujo sobre el piso, que el tiempo ha borrado. Los caminos eran de tierra, transformados en lodazales durante el invierno, los árboles estaban agrupados y sobresalían de la llanura plana. Algunas lomadas se extendían en las cercanías del trazado de la red ferroviaria que era la parte más alta del terreno.

Una descripción sencilla con los datos aportados por Roberto Gerardo Abrodos, un investigador de la Historia de La Plata y sus poblaciones cercanas, nieto de aquellos inmigrantes y autor de tres libros que hacen referencia a la vida y costumbres del pasado en la región, servirá para dar detalles del lugar en donde fijaron su residencia.

En la entrevista Roberto expresaba que Tolosa en 1906 era un gran poblado con casas dispersas. La única construcción de importancia era la vivienda del Señor Miche, en 1 y 528. Una casa

sin ochava, por la Ley de Rivadavia. (Existen pocas en la República construidas de esa manera). El pueblo era un lugar de paso de los arrieros, donde dejaban su ganado y se quedaban en la fonda que estaba en 1 y 528 (antes llamada calle 28). Había otras casas cercanas que daban también alojamiento, como la de 116 y 528 allí estaba El Águila. Además existían otras en 115 bis, que había conocido él mismo en su infancia. Todo eso desapareció. Decía Roberto que Tolosa tenía un aspecto distinto a la ciudad de La Plata, fue anterior, fundada en 1871 en las Lomas de Ensenada, muy cerca del puerto de aguas profundas, la caleta de Ensenada. Éste era un puerto natural, muy alabado en la época de los virreyes. De allí la importancia de la población y la visión de su fundador que donó estas tierras, Martín J. Iraola, el vasco, quien le puso el nombre de su pueblo natal.

Iraola era dueño de una extensa área de las “Lomas de la Ensenada” y eligió este lugar para edificar una ciudad. Fraccionó el territorio y vendió numerosas parcelas. Agregaba también que el fundador donó parte de los terrenos a su mayordomo Eduardo Miche, según se acostumbraba en la época y que destinó dos manzanas para plazas y una para edificios públicos. El trazado se inició en julio de 1871, pero la aprobación de sus planos se hizo el 20 de diciembre de dicho año, por ello se considera a esta última como su fecha fundacional.

El puerto natural de la Ensenada era en la opinión de Juan Bautista Alberdi: “...un tesoro que el país tenía sin saberlo y sin aprovecharlo”. Lo comparaba con el puerto de Buenos Aires que

debía ser dragado, cavando un río dentro del río para posibilitar la navegación. Las autoridades nacionales consideraban la probabilidad de hacer un puerto importante allí. Pero la región se reactivó además, con la creación de los saladeros, el del Sr. Juan Berisso y el de Antonio Cambaceres, este último se inauguró en 1872.

La epidemia de fiebre amarilla tuvo epicentro en la ciudad de Buenos Aires, en 1871, y según datos de la Asociación Médica Bonaerense de 1876, dejó 13.614 muertos. La peste fue un motivo por el que los mataderos, que arrojaban residuos al río, fueran cerrados para disminuir la contaminación. En realidad, quienes fallecieron fueron los miembros de las masas trabajadoras e inmigrantes, puesto que vivían hacinados en los denominados conventillos o viviendas colectivas. Las clases sociales pudientes se trasladaron a quintas, que estaban en el norte bonaerense y unos pocos, hacia el sur. Tolosa tuvo así más pobladores. Surgieron otras fuentes de trabajo: mataderos, saladeros, graserías, un molino que abasteció con harinas y galletitas a toda la provincia, obreros de la construcción que trabajaban en la naciente ciudad de La Plata y en la extensión del ferrocarril.

Roberto relataba que la calle 118 era conocida como Calle de la Amargura, porque era el paso obligado de los fúnebres que iban al cementerio. El mismo se instaló en Tolosa por una finalidad: en Ensenada no podía establecerse un lugar de entierro, porque las napas de agua estaban muy cerca de la superficie.

En cuanto al ferrocarril, decía que llegaba hasta Ensenada y cuando se fundó la ciudad de La Plata, en 1882, se extendió la vía por la calle 527, que aún hoy existe.

Thomas quería afincarse en un lugar cercano a la estación ferroviaria. Buscó un terreno que reuniera este requisito y logró comprarlo. Pensaba construir una vivienda para instalarse con su familia. Por aquellos tiempos las calles eran de tierra y ni siquiera había una delimitación marcada de cuadras ni de manzanas. Pudo ubicarse en la llamada calle 28 entre 118 y 119, (datos posteriores de catastro y mapa lo señalan como lote treinta y cinco, manzana doscientos veinticinco), a una distancia de cinco cuadras de la estación del ferrocarril, ubicada en la calle 1. Altos árboles servían de línea divisoria con el lote lindero hacia la actual calle 119, donde había huertas y animales de corral. Hacia el otro lado, había un pastizal y caballos que pertenecían a otro vecino.

Construyó su casa con maderas provenientes del puerto, según sus hijos “maderas de un barco”, sobre esa parcela de diez metros de ancho por cincuenta y nueve de largo. Había pocas familias instaladas en la zona. Los italianos que vivían sobre la misma cuadra, a unos cincuenta metros y hacia la esquina de 118, una familia española que levantó sólidas habitaciones de ladrillos, con altos ventanales enrejados y una puerta de cedro de doble hoja. Un bar frente a esta esquina era punto de reunión de los parroquianos, pertenecía a otro español de apellido Alonso.

Afirmaba Roberto Abrodos que Tolosa no terminaba en la calle 32. Sus límites se extendían hasta la actual calle 36. En la

avenida 1 entre 34 y 35, existe hoy el “Museo del automóvil”, esta construcción es la más antigua de la zona, data de 1874 y allí funcionó la primera iglesia católica del lugar. En 116 y 520 se encontraba la llamada por entonces, Quinta Grande y en 526 y 118, la Quinta Chica. Había un tambo en donde se levanta hoy el Mercado Regional. En 120 y 532 se hallaba un saladero, justo a la entrada del Camino Blanco. Ya en aquellos tiempos, el vecindario se quejaba de las malas condiciones de ese camino, que había sido hecho con el esfuerzo de la población.

Roberto agregaba que existía el Hotel Genevre, en la calle 29 (529, según su actual denominación) entre 1 y 2. Allí el Dr. Dardo Rocha, gobernador de la Provincia, celebró periódicas reuniones con los ingenieros Maqueda y Rivera y con los agrimensores Glade, Monteverde, Díaz y De las Carreras. También con los constructores vinculados a las obras que se estaban haciendo en la naciente ciudad de La Plata. Debido al trabajo en los ferrocarriles, muchos ingleses se instalaron en Tolosa y actualmente quedan descendientes de aquellos inmigrantes.

A fines del siglo XIX, cuando Tolosa surgió como pueblo, los católicos debían concurrir a los oficios religiosos en Ensenada, a cuya jurisdicción religiosa pertenecían. Pero en el trazado de los planos se había dejado un terreno frente a la plaza Iraola para levantar un templo principal. Al fundarse la ciudad de La Plata, en 1882, se edificó una capilla en 5 y 48 bajo la advocación de San Ponciano. Los habitantes de Tolosa comenzaron a concurrir allí porque había menor distancia respecto a Ensenada. A partir de

1903, por iniciativa del Obispo de La Plata, Monseñor Juan Nepomuceno Terrero, se colocó la piedra fundamental del nuevo templo tolosano. De allí que durante el lapso que duraría su edificación, los feligreses concurrían para las ceremonias del culto a la ya mencionada capilla de calle 1 (actual Museo del Automóvil).

Nuestra Señora del Carmen se inauguró en 1906, exactamente el año del arribo de Thomas al país. Pero la obra en realidad fue concluida muchos años más tarde, al terminarse la torre de treinta metros de altura en 1930. La misma fue coronada con la imagen de la Virgen de cuatro metros de altura. Así se hacía visible desde lugares alejados. Para Jane fue el refugio de oración y el lugar en el que bautizó a sus hijos, en respuesta al llamado de su sangre irlandesa. En firme contradicción con las ideas de su marido.

Capítulo III

La voz de Jane

Creo que uno no puede cambiar de patria,
ni una sola vez,
sólo se puede cambiar de papeles.

Sándor Márai

Caminé y caminé llevando al niño atado sobre la espalda. Todo era campo, pastos altos que dificultaban la marcha. De vez en cuando, un sendero que mostraba las huellas profundas de las carretas y hacia los costados, las zanjas de aguas turbias que sobrevolaban los insectos. El ambiente era húmedo y yo lo sentía distinto al frescor marítimo de mi lejana Chester.

Sin embargo, el aire tibio de la mañana, me invitaba a seguir andando para conocer. El sol aparecía y desaparecía entre nubes claras como si quisiera correr una cortina de sombra. Había casas esparcidas sobre ese llano. Eran bajas, con puertas de madera de doble hoja y ventanas enrejadas. Algunas estaban construidas con ladrillos y otras eran de madera, con sus muros revestidos por chapas. Hasta donde llegaba la vista sólo divisaba un horizonte apenas ondulado y árboles agrupados que servirían de refugio vaya a saber a quién.

Me senté sobre un tronco caído, restos de un árbol seco y atendí las demandas de mi hijo. Le di de mamar y lo cubrí con una

mantilla para proteger sus ojos claros de la luz intensa y por mi propio pudor. A lo lejos vi pasar un carro que llevaba grasa animal. Aunque había distancia, desde aquel sendero se percibía el olor. Las hojas de los árboles con el viento sonaban como música y las chicharras y pájaros irrumpían también en el silencio. Me dijeron el nombre de estos árboles, son los paraísos y hay muchos por acá.

Acomodé al bebé en mis brazos y seguí mi caminata pasando por la posada, cercana a las vías del ferrocarril. Ésta es una casona en donde se da albergue a viajeros, que cambian los caballos y permanecen haciendo noche hasta seguir su camino. Un lugar de descanso para los huesos y para ingerir alguna comida del lugar. El plato principal es casi siempre, carne asada y algunas veces los llamados pucheros o guisos. Recordé que cuando se encendía la cocina, en mi casa paterna de Chester, disponíamos de gas. Colocábamos un penique en el buzón que estaba junto a la puerta y era suficiente. Aquí en cambio todo es difícil. Las casas tienen fogones, allí se encienden los troncos secos o el carbón y solamente así se puede cocinar.

Llegué a la estación de Tolosa y me senté en el banco del andén. Su construcción era una réplica más pequeña de la estación ferroviaria de Chester. El techo de zinc estaba adornado con cenefas y la casa de madera tenía una galería sostenida por columnas.

Todo me recordaba a mi lugar y sin quererlo, cada día comparaba mi vida con aquella que había tenido. Sentía cansancio por el recorrido y el calor que era más intenso a esa hora. El niño

estaba dormido. Me quedé en ese banco de madera, como si aguardara el tren y con los ojos cerrados, traté de imaginarme cerca de mi hogar paterno en Boughton Street. De pronto me encontré viendo el reloj de la torre del Este y de allí, marché apurada por las calles empedradas para encontrarme con mi hermana Ann y juntas llegamos a casa. Vi a mi madre. La abracé con fuerza, y subí la escalera corriendo, como cuando era niña.

Otro reloj comenzó a sonar con sus campanadas intensas. Era el que estaba en la sala donde se hallaba mi padre, tratando de leer las noticias en el periódico. Apreté sus manos, lo besé en la frente. Corrí las gruesas cortinas moradas para que penetrara la luz solar. Las campanadas no terminaban y el sonido era continuado y agudo. Me molestaba demasiado...Alguien me tocó en el hombro y me sobresalté... Entendí mi realidad. Yo estaba lejos de aquel sueño, muy lejos... Me sentí mal. Tommy lloraba. El encargado de la estación hacía sonar la campanilla para marcar la partida del tren y un anciano con su bastón se acercaba y me hablaba, parecía preocupado por mí. Yo no podía entender nada de lo que me decía. Abracé al bebé y también lloré.

Así conmocionada por lo que fue un sueño, caminé con la garganta cerrada por esa angustia. Volví hasta la vivienda que compartíamos con la familia de Peter. Entré al jardín, avancé por el corredor hacia el que daban las puertas de los dormitorios y llegué a la cocina. Me esperaba Alice para preparar la comida, pero yo no podía ocultar la tristeza. Solamente con ella podía hablar y entre sollozos le conté mi pena. Nadie me entendía, ni yo podía

comprender esta lengua. Nuestros vecinos más cercanos eran familias italianas y españolas. Yo sonreía cuando me hablaban, pero trataba de encerrarme como un ave asustada en medio de una tormenta.

Apenas había llegado, pasé un momento difícil cuando los vecinos italianos me invitaron a beber de un recipiente con un líquido verde y una extraña cuchara. Yo la llevé a mi boca e intenté probar ese raro brebaje... pero me ardieron los labios, su sabor me resultó espantoso y amargo. Aquellas personas, con las que no podía hablar ni entenderles, se reían de mí y con gestos, me explicaban cómo se ingería el líquido contenido allí, en lo que llamaban calabaza.

A partir de mis salidas para conocer, Thomas se enojó y me pidió que no me alejara de la casa. Una mujer no puede salir así como yo lo había hecho, solamente debe caminar junto a su esposo, había peligros y no estaba bien hacerlo. Él salía al amanecer para trabajar y cuando regresaba se reunía con otros hombres del lugar en un bar, que era propiedad de un español afincado en este lugar desde 1900. Thomas, con más facilidades que yo, fue aprendiendo el idioma, a fuerza de golpes y soportando bromas pesadas por sus expresiones equivocadas y por ser el "inglés", el "rubio", el "blanco", el "gringo", el "recién llegado". En mi lugar de encierro sentí la soledad de la incomunicación y una pena inmensa.

Capítulo IV

Un país de inmigrantes

Fueron la fuerza de trabajo
en nuestras industrias y campos,
pero fueron también quienes engrosaron
los movimientos populares que a lo largo del siglo XX
y plantearon la necesidad de construir
una sociedad incluyente y socialmente democrática.

Aníbal Jozami

El Estado Argentino se constituyó entre 1860 y 1870, desde el principio, la zona del Litoral por su producción agro-ganadera, se impuso sobre el interior. Esto significó un avance de estas provincias y un estancamiento de las regiones alejadas del puerto de Buenos Aires. Había que lograr una conexión entre los lugares distantes y la Capital, para recibir las producciones y poder exportar. El diseño de la red ferroviaria en forma de abanico orientado hacia el puerto favoreció la comercialización. Se daba entonces, una convergencia entre la Europa industrializada y la oferta de materias primas, que este país podía proveerle.

Deliberada y sistemáticamente actuó el Estado para facilitar la inserción de la Argentina en la economía mundial y adaptarse a un papel y una función que se pensaba le cuadraba perfectamente. Ese lugar implicaba una relación estrecha con

Gran Bretaña, potencia que venía oficiando de metrópoli desde 1810. Limitados al principio a lo comercial, esos vínculos se estrecharon luego de 1850, por la gran expansión de la producción lanar y la contemporánea industrialización de Gran Bretaña, convertida ya en el taller del mundo.⁴

Al comenzar Gran Bretaña a enfrentarse con Alemania y luego con Estados Unidos para competir en los avances industriales, debió refugiarse en sus inversiones monopólicas, de bajo riesgo y de alta rentabilidad. Según explica el mismo historiador:

En la Argentina, entre 1880 y 1913 el capital británico creció casi veinte veces. A los rubros tradicionales-comercio, bancos, préstamos al Estado- se agregaron los préstamos hipotecarios sobre tierras, las inversiones en empresas públicas de servicios, como aguas corrientes o tranvías, y sobre todo los ferrocarriles.⁵

Los intereses estaban en los ovinos, cuya lana se destinaba a la industria textil. También en los vacunos, de allí la importancia de los campos fértiles para la siembra de cereales y de alfalfa. Los ferrocarriles, los frigoríficos y el negocio inmobiliario movilizaron la economía. Pero en 1890 se produjo una crisis del Capitalismo y el gobierno del entonces presidente Juárez Celman fue blanco de críticas, porque los bancos prestamistas exigieron el pago de las

⁴ ROMERO 1994,18.

⁵ ROMERO 1994,19.

deudas contraídas. Se produjo un movimiento revolucionario encabezado por Leandro Alem. En esta sublevación participaron los burgueses, los sectores medios y contaron con el apoyo de los militares. A consecuencia de esta situación el Presidente debió renunciar y asumió el Vicepresidente Carlos Pellegrini.

Pellegrini respetó la deuda y aplicó duras políticas de ajuste. Confiscó ahorros de los particulares y redujo sueldos y jubilaciones. Aunque el sistema político de elecciones cada seis años estaba instaurado, el fraude fue una constante en los actos electorales y la oligarquía fue una manera de hacer política. En medio de este contexto se necesitaba mano de obra para la producción cerealera, la cría de ganado, la urbanización, la extensión de vías ferroviarias y las edificaciones en las nuevas ciudades, como La Plata.

Durante ese tiempo arribaron al país aproximadamente un millón de italianos y alrededor de novecientos mil españoles. Venían en su mayoría, dispuestos a trabajar en lo que encontraban. Se ocuparon de la construcción y de los trabajos del campo. Los ingleses, en cambio, venían con contratos del ferrocarril. Así se incorporaron a nuestra sociedad Jane y Thomas, dos números más en la historia del mundo a principios del siglo XX. Quizás estaban un poco mejor posicionados respecto de aquellos que tenían que vivir hacinados en las ciudades. Doña Juana y Don Tomás (así los llamaron sus vecinos) en cambio, tenían una ocupación y un haber que les permitía vivir en una situación un poco más favorable. En una de las muchas charlas que tuve con Roberto Abrodos, me explicaba que los hijos de aquellos ingleses siguieron tratándose con

su madre y sus tíos, durante varios años. Hablaban el lenguaje de su tierra. Todavía quedan descendientes de esos ferroviarios que vinieron a principios del siglo XX: los Truston, los Mc Garva, los Davies y algunos más.

Tomás y Juana fueron testigos del progreso de la nueva capital de Provincia, nacida para conseguir la unión nacional. La Plata surgió en medio de una llanura despoblada y comenzó a crecer en edificios públicos que emergían en poco tiempo. Pero luego se detuvo inesperadamente el interés del gobierno por la nueva ciudad. Así lo publicaba el diario platense *El Argentino*, en su edición del 19 de noviembre de 1906, aniversario de fundación de la capital provincial

Completamente desprovisto de festejos oficiales transcurrirá el día de hoy. Un decreto declarando feriado es lo único con que está asociado el gobierno a la fecha conmemorativa. Ahora que se presenta brillante el porvenir de esta capital, cuyo progreso va acentuándose a pasos agigantados, es cuando con más indiferencia se mira la fecha que señala el resurgimiento de la más hermosa ciudad de Sudamérica, destinada tal vez en época no muy lejana a ser la capital de la república y el centro de la intelectualidad de este continente.⁶

Junto a sus vecinos, los ingleses presenciaron el 3 de mayo de 1910, la inauguración de la línea de Tranvías Eléctricos a Tolosa, “el tramway” cuyo recorrido iba de calle 7 y 50 hasta 28 (actualmente

⁶ ABRODOS 2015, 164.

528) y 1. El viaje duraba quince minutos. También pudieron beneficiarse con la instalación de carnicerías y mercados, necesarios para la ciudad cuya población crecía. Con fecha 18 de febrero de 1910, el frigorífico “La Negra” acataba la disposición municipal y alquilaba locales para vender carnes tanto en el Mercado Buenos Aires, situado en calle 4 y 49, como en el Mercado La Plata, calle 7 entre 56 y 57 y en el Mercadito Tolosano, calle 1 entre 29 y 30, entre otros lugares, según los datos aportados por Abrodos.

Se estaba pariendo una sociedad nueva, compuesta por personas deseosas de vivir con dignidad y labrar una historia, sin carencias y con posibilidades de tener un futuro. En general, los inmigrantes de distintas nacionalidades fueron bien recibidos por sus connacionales. Sufrieron el rechazo de las clases altas y debieron acomodarse a la realidad social con la que interactuaban. Con la idea de esa mezcla de sangre y del impulso que cada nuevo habitante le dio al país, se cumplió con el enunciado de nuestra carta magna: esta tierra es para todos los hombres del mundo.

Capítulo V

El libro

En algún lugar de un libro
hay una frase esperándonos
para darle sentido a nuestra existencia.

Miguel de Cervantes Saavedra

Era necesario un baúl para transportar las pertenencias en el viaje. Dentro de esta caja de madera, que hacía las veces de valija, llegó la ropa, algunos cubiertos, por ejemplo: los cuchillos de Sheffield, con la inscripción: *Best english cutlery*⁷, en la hoja. También estaban los tenedores y las cucharas de la misma procedencia, un cucharón de plata, algunas fuentes y, por supuesto, la tetera y los pocillos para el irrenunciable momento del té. La vajilla, cuidadosamente embalada, tenía grabado su origen: *Made in England*⁸.

Pero sin duda alguna, aquel libro familiar, representaba un peso importante dentro del equipaje. Todavía se conserva en buen estado, perfectamente legible en sus 1.073 páginas. Las tapas duras y el lomo muestran una excelente encuadernación. El tiempo no pudo borrarle ni una letra. *The Household Physician*⁹ es el título. El resumen de su contenido dice: *A family guide to the preservation of health*

⁷ Los mejores cubiertos ingleses.

⁸ Fabricado en Inglaterra.

⁹ El médico de la casa.

*and to the domestic treatment of aliments and disease, with chapters on food and drugs and first aid in accidents and injuries.*¹⁰

El texto fue publicado en 1899. En la página inicial se encuentra el apellido de su autor: Mc Gregor-Robertson y se menciona a quien escribió su introducción: General introduction by Professor Mc Kendrick. Cuatrocientas figuras ilustran los temas de esta segunda edición, según se anuncia al comienzo. Se encuentra dividido en cuatro partes, a su vez constituidas por capítulos. El cuerpo, el estado de salud y las enfermedades fueron tratados cuidadosamente. El esqueleto humano, huesos y articulaciones, músculos, tendones, el sistema nervioso, las neuralgias y dolores; el proceso digestivo y los órganos de la digestión, dientes, labios, los síntomas de disfunciones y hasta el cáncer están descriptos con detalles. La información se expresa acorde a los avances de las ciencias en ese tiempo.

Todos los aparatos: el reproductor, el sistema circulatorio, la sangre, la piel y todas las patologías que se pueden producir son enumerados. Explica las causas de las enfermedades y sus posibles tratamientos. Además enseña a resolver las emergencias en: ahogos, asfixias, ataques cardíacos, sofocaciones, indigestiones, golpes y fracturas. Aporta datos sobre el cuidado de los pacientes, cuando están en sus casas o en caso de ser hospitalizados. Describe síntomas y signos para diagnosticar los padecimientos. Seguramente este libro de acercamiento a la medicina casera, pero encarado con

¹⁰ Una guía familiar para el cuidado de la salud y el tratamiento casero de alimentos y enfermedades, con capítulos sobre comidas, remedios y primeros auxilios en accidentes y lesiones.

rigurosidad científica, fue traído por Thomas y Jane para resolver los problemas propios y de sus hijos. Hay que tener en cuenta que los médicos se encontraban muchas veces a distancia. Los medios de transporte eran muy lentos y en algunos casos, había que tomar decisiones con curaciones caseras. Ambos desconocían qué iban a encontrar al arribar a estas tierras en cuanto a los cuidados para estar sanos.

Esta publicación dedica varios capítulos a los alimentos. Refiere la importancia de su ingesta para una vida saludable. Menciona plantas venenosas y curativas. Cita los beneficios de las hierbas, las infusiones y comidas y los efectos del clima en el organismo. Describe los órganos sensoriales y sus afecciones. Hasta el nacimiento de prematuros y sus cuidados especiales son considerados, también su nutrición y etapas del crecimiento. Es asombroso ver los avances de la medicina a fines del siglo XIX y comprobar como la ciencia se apoya en cada escalón para seguir investigando. Se lee, tratando de traducir con la mayor fidelidad y se compara: los avances progresivos y cuánto se ha logrado con el transcurso de los años.

En las últimas páginas aparecen *Prescriptions* o sea, en forma ordenada se nombran los tónicos, mezclas químicas, lociones, linimentos, remedios en general para atender y mejorar fiebre, dolores, catarros y cuanta sintomatología se consigna en la obra. Finaliza con un glosario. Cada término es explicado y se aclaran los números de páginas en los que es mencionado.

Tener el texto en las manos es emocionante, teniendo en cuenta su data y su historia. Pero si algo me conmovió mucho fueron los señaladores que encontré entre sus hojas amarillentas. El primero, una tira de seda raída y verdosa, de cuatro centímetros de ancho por unos treinta de largo. En la parte superior, una fecha: 1.897 y un recordatorio: los sesenta años del reinado de su Majestad la Reina Victoria. A continuación, la nómina de Reyes y Reinas de Inglaterra desde los tiempos remotos hasta el monarca reinante en esa fecha, la misma Victoria. Una leyenda final sobre ella se lee al pie: “A quien Dios preserve.”

El segundo, que marca la página con la ilustración de las plantas venenosas más comunes, es más pequeño que el anterior y de un material rígido y brillante. La inscripción que se encuentra es: *The Lord knoweth them that are His*¹¹. Cabe preguntarse cuál sería la creencia que dio origen a la frase. ¿La religión católica que era la fe de Jane? ¿El protestantismo en el que creía Thomas? Quizás una expresión común de ambos credos que les servía de apoyo en su difícil existencia.

El tercero, en buen estado de conservación, es de tela, bordado en relieve. Muestra una Biblia laminada en dorado y rodeada de flores. Son rosas rojas y pequeñas violetas que forman un ramo coronado con hojas verdes. Tal vez fue un obsequio, ya que comienza con la frase: *With best wishes*¹². Continúa con: *Holy*

¹¹ El Señor conoce a los que le pertenecen.

¹² Con los mejores deseos.

*Bible, book divine. Precious treasure thou art mine. Mine to tell me whence I came; mine to teach me what I am*¹³

Rastreando la frase a través de la historia encontré que forma parte de una canción. Quizás esa misma acompañaría las celebraciones del culto en aquellas tierras. Tiene una música delicada y agradable al oído. Por muchos años el libro permaneció guardado. Casi como escondido. ¡Cuántos dedos habrán tocado sus hojas casi amarronadas, algunas ajadas o rasgadas! ¿Qué preocupaciones habrá resuelto en esos tiempos de escasos recursos? Puede ser que al mostrarlo a los criollos hubieran encontrado gente descreída en la ciencia. La mayoría les daría consejos de su experiencia de vida y de curaciones naturales.

Cuando encontré este libro, empecé a tratar de entender un tiempo pasado y una historia que permaneció adormecida. Tal vez quedó en un estante de biblioteca o en el fondo de un viejo ropero. Pero los libros sobreviven siempre a las familias, a sus desventuras y a sus regocijos. Permanecen como testigos y son comunicantes, transmisores de misterios que de otra manera no podríamos conocer. Casi al final de sus páginas, como duendes escondidos, aparecieron pequeños indicadores de lecturas, también de seda. En ellos se pueden ver distintas figuras: El Pabellón Real de Inglaterra, la Bandera de Liverpool, un soldado con su traje de Infantería y otros más. Un trozo de papel con un diagnóstico médico y algunas

¹³ Santa Biblia, libro divino. Mi preciado tesoro. Me dice de dónde vengo y me enseña quien soy.

hojas sacadas de la revista “Caras y caretas” estaban ahí, frágiles y quebradizas como los recuerdos que no se quieren perder.

Capítulo VI

La vida

Toda sociedad es una construcción, una constitución,
creación de un mundo, de su propio mundo.

Su propia identidad no es otra cosa
que ese “sistema de interpretación”,
ese mundo que ella crea.

Cornelius Castoriadis

Para Tomás, como lo llamaron los criollos, el trabajo fue el centro de su vida. Con la puntualidad aprendida de sus ancestros, se hacía cargo de su máquina de ferrocarril Desayunaba a las cinco de la mañana. Según las costumbres inglesas, esa comida era importante y consistía en panceta con huevos fritos o huevos al agua. Para Juana (versión modificada al modo argentino del nombre de Jane) la preparación de esos alimentos llevaba mucho trabajo. Había que levantarse a las cuatro, colocar la leña en la cocina y armar el fuego. Luego seguían los otros pasos, el jugo y la bebida caliente y la mesa quedaba servida.

Danilo Sianca, un ferroviario que compartió el trabajo con el inglés (vivió hasta fines de los ochenta) decía: —*Tomás cuidaba su máquina como si fuera su casa. El piso brillaba porque lo limpiaba con querosén. Estaba en todos los detalles. Iba vestido con un traje, camisa de cuello duro y moñito. Siempre impecable, con sus zapatos lustrados y bien peinado. Era puntual y consultaba muy seguido su reloj de plata, que sacaba del bolsillo.*

—

La construcción de la casa llevó tiempo y esfuerzo. Tenía dos grandes habitaciones de madera, con ventanas hacia el frente. Por fuera, la revistieron con chapas lisas y la pintaron de verde. Las aberturas se cerraban con dos postigos internos y una falleba de hierro forjado, que se insertaba en la parte superior del marco. Contra los vidrios, Jane había colgado cortinas blancas con puntillas tejidas por su madre, en hilo irlandés. La puerta de ingreso era doble con el mismo sistema de postigos y de cierre. Había que subir dos escalones para ingresar y hacia el fondo, descender un escalón de unos cuarenta centímetros para salir al patio de ladrillos que conducía a las otras dependencias.

La cocina, que a la vez era el comedor, el punto de encuentro familiar, era amplia y luminosa. El piso estaba cubierto con baldosas pequeñas con cuadros blancos y negros, como era costumbre en la época. Un armario rinconero, incorporado a la misma pared de madera, servía para contener la escasa vajilla traída de Inglaterra, la que pudieron comprar al llegar y también, para guardar las provisiones. Una mesa ovalada de madera lustrada daba cabida a los comensales. Aquellas hornallas de hierro fundido, negras y con una puerta frontal para poner carbón o leña eran parte de la pesada cocina, que se apoyaba en la pared contrapuesta a la entrada. Tenía un tiraje importante que salía por el techo. En la otra pared, se extendía una mesada de mosaicos amarillentos.

La ventana tenía un alero de chapa moldeada que servía para proteger de los vientos del sudeste y de las lluvias. Muy cerca, los recién llegados plantaron un árbol de nísperos que, con el

transcurso del tiempo deleitó el paladar familiar con sus frutos. Además proporcionó la sombra necesaria para mitigar el calor del verano. Jane amaba las flores y aprendió a cuidar su jardín. El frente de la casa estaba protegido por una galería que se extendía a lo ancho, sostenida por columnas de hierro redondeadas y su borde se había decorado con cenefas. El jardín frontal dejaba ver las rosas trepadoras que se encaramaban sobre las columnas y eran un deleite de primavera por colorido y perfumes.

Alejado unos ocho o nueve metros de la casa estaba el aljibe, del que se extraía el agua para beber y para la higiene. Un brocal de ladrillos lo rodeaba y servía de sostén a un arco de hierro donde se colgaba la polea, utilizada para subir y bajar los baldes. El baño también estaba algunos metros retirado de la casa. Pero había sido construido con solidez y contaba con artefactos mínimos de higiene: una gran bañera, un lavabo con una jarra apoyada en una mesita de madera y un inodoro que se limpiaba con baldes o tinas de agua transportada desde el aljibe. Los residuos se mandaban a un pozo ciego, excavado a cierta distancia y cuidadosamente tapado para proteger sobre todo a los niños.

Allí se mudaron a fines de 1908, con otro hijo, Frank, que había nacido el 16 de julio de ese año. Según la costumbre, los pequeños llegaban al mundo en la casa de sus padres y las mujeres eran ayudadas por sus vecinas o por una comadrona, para dar a luz, sin más implementos que lo que marcara la naturaleza. Era fundamental la fortaleza que tenía cada una para sobreponerse al momento del alumbramiento. Contaban con los pañales de tela que

ellas mismas hacían y la ropa que cosían o tejían durante la espera del bebé

Tommy era un niño de cabellos dorados y enrulados. Era tranquilo en sus juegos. Frank se parecía mucho a su padre, con una mirada vivaz y cabello más lacio. Desde sus primeros pasos fue más travieso que su hermano y su madre solía atarlo sobre sus hombros para trasladarlo y evitar sus escapadas. Ambos tenían la piel muy rosada y los ojos azules. La tarea favorita de Frank era bajar por la cuerda de la roldana que llevaba el balde, hasta el fondo del pozo. El deporte le costó más de un mal momento a su madre. Pero cuando fue creciendo era un útil colaborador para bajar sostenido de la cuerda y poner a refrescar las bebidas o la manteca.

El lechero pasaba a diario por las calles de Tolosa y pregonaba su mercadería, con su carreta y su caballo. Llevaba tarros metálicos para transportar la leche que se consumía cada día; ya que no había forma de refrigerarla. Muchas veces hacía el recorrido con algunas vacas que ordeñaba al detenerse. Los vecinos salían con sus recipientes para comprarle. El almacén de ramos generales estaba en 28 y 117 y era el proveedor de lo necesario para alimentarse, vestirse o dar de comer a los animales. Se debía recurrir a la naciente ciudad de La Plata cuando era necesario adquirir algo especial como telas, lanas, equipaje, medicamentos, ya que los comercios tolosanos eran pequeños y equipados para la escasa población de entonces.

La familia crecía y en 1911 nació la primera niña, llamada Jane como su madre. Pero fue apadrinada por una familia local que le

añadió otros nombres, al ser bautizada. Así, sin respetar la tradición inglesa, que marcaba a los primogénitos con el mismo nombre de sus padres, la pequeña pasó a llamarse Juana Elina Felisa. Jane extrañaba la vida más sencilla de su país natal y estaba muy sola, aunque se tratara con sus vecinas, porque no podía aprender el idioma. Pensaba que quizás sus padres no pudieran conocer nunca a esos nietos. La vida se le hacía pesada. Se sentía agobiada. Las cartas tardaban en llegar a destino y la espera de las respuestas parecía una eternidad. Sin noticias de sus familiares, lejos del abrazo y del consuelo.

Los hijos varones aprendieron con más facilidad el lenguaje callejero, muy distinto al que hablaban en el hogar. Comenzaron con las llamadas “malas palabras”. Se debió a que los pibes que se acercaban para jugar, se reían mucho de su forma de pronunciar algunos términos y de su ignorancia respecto a las costumbres argentinas. Entonces conocieron la burla, los malos tratos y cierto desdén propio del que se siente jugador local. La puteada con bronca y la puteada con sorna fueron parte del potrero, de la calle y de tener que defenderse de los atacantes locales. Nada resultaba sencillo para los pequeños extranjeros.

Los rigores del clima afectaban sus pieles tan blancas. Tanto el sol intenso del caluroso y húmedo verano, como el frío del invierno para el que no estaban bien preparados, ya que carecían de buena calefacción. La leña o el carbón, que muchas veces los chicos salían a juntar a los lados de las vías de la actual calle 527 y que se caían de los vagones que los transportaban, eran los combustibles que

alimentaban la cocina y la estufa. Los cielos tormentosos eran muy visibles en la llanura apenas poblada por las casas bajas.

En una noche de fuertes ráfagas de viento y lluvia intensa, en 1913, Jane debió buscar ayuda para que naciera su cuarto hijo. Con dolores de parto, se trasladó por el caminito de barro y piedras unos cincuenta metros, hasta la casa de su vecina más cercana. Era la familia Mazcazzini, llegados de Italia. Con la ayuda de las mujeres de la casa, dio a luz a Caty. Ella sí tuvo sólo un nombre elegido por su madre. La familia quedó así integrada por seis miembros. Esto significó más trabajo para Jane, que añoraba Inglaterra y extrañaba mucho su hogar natal.

Capítulo VII

Horas difíciles

El hábito de la desesperanza
es más terrible que la propia desesperanza

Albert Camus

Los cuatro niños iban creciendo. Cada uno debía enfrentarse a una lucha entre la lengua materna y la callejera. Los hábitos diferentes se notaban hasta en la relación con los pibes del barrio. Thomas y Frank se acostumbraron a ciertos desaires y burlas y se defendieron a veces con trompadas, como todo niño. Los invitaban a jugar al “de nenti” y el lugar elegido para hacerlo era el cementerio de Tolosa. En vez de piedritas que se empleaban para el juego, los criollitos les enseñaron a hacerlo con los pequeños huesos que sacaban los sepultureros al exhumar restos humanos. Así los obligaron a conocer el macabro sitio. Pero los inglesitos no se amedrentaron y decidieron participar de la diversión con las piezas óseas, sin pensarlo demasiado.

Ambos chicos ayudaban a la madre a juntar leña y también recogían el carbón. Volvían cargados con su bolsa de carboncitos que servían para alimentar la cocina. Además de los gestos de rechazo, surgieron otros de naciente amistad. El hijo del carnicero los invitó a repartir los pedidos que hacían las damas del barrio, a la carnicería de 118 y 28. Así conocieron los primeros trabajos por una moneda. Aquellos vecinos contaban anécdotas que fueron viajando en el tiempo y a través de las familias del lugar. Por

ejemplo: a Frank se le cayó un canasto con carnes en medio del jardín y los churrascos, huesos y chorizos quedaron embarrados entre los pastos. La dueña de casa que aguardaba ese pedido, corrió casi una cuadra detrás de él para darle un escobazo. Pero la agilidad del niño hizo que se salvase del golpe. A partir del incidente, decidió abandonar el reparto.

Juana y Catalina eran muy pequeñas y permanecían en la casa, por su corta edad, dando los primeros pasos. Para Jane no había descanso desde la hora del desayuno, al amanecer, hasta que oscurecía. La preparación de la panceta con huevos llevaba tiempo porque había que alimentar el fuego y darle aire para que se mantuviera encendido. La plancha era un instrumento pesado que también se cargaba con carbón encendido. Las camisas de Thomas debían plancharse cuidadosamente y sus cuellos llevaban un tratamiento especial con almidón, para darles firmeza y prestancia. La ropa se lavaba sobre una tabla de madera acanalada y en una palangana con agua, llevada desde el aljibe. En Chester, en cambio, ya existía un tambor de madera en donde se colocaba la ropa sucia y manualmente se giraban las aspas para lavar las prendas. Los pisos se limpiaban con un cepillo y generalmente de rodillas. Al principio no contaban con luz eléctrica en la vivienda.

Para Thomas, la vida tomó un ritmo que le permitió la inserción al medio, rodeándose de otros ingleses que trabajaban como él en el ferrocarril del Sur. Formó parte de La Fraternidad, siendo considerado un obrero calificado por ser un conductor de máquinas de tren. A pesar de los sinsabores propios del cambio de

lugar y la adaptación al ambiente y a la gente, el inglés continuó con empeño en lo suyo. Para Jane, en cambio, la vida se hacía pesada. Añoraba su lugar. Extrañaba a su familia. Su relación diaria era en especial, con los hijos y sus vecinas de distintas nacionalidades, con las que no se podía comunicar fácilmente ya que tenía dificultad para aprender el español. Junto a las damas inglesas compartía el momento del té, alguna que otra tarde de domingo.

A medida que transcurría el tiempo, la relación matrimonial se debilitaba y esta mujer ahondaba su sentimiento de desamparo y de soledad. Plantó rosales para mejorar la vista de su alrededor. Pero cada atardecer se sentía más triste. Se encerraba en su pena. Con esa angustia, fue amasando una idea. Así como lagrimeaba sobre el preparado de sus scones y budines de nueces y pasas, lloraba en silencio para evitar que los hijos la descubrieran. De un día para otro decidió volver a Inglaterra. Lo haría por un tiempo para ver y abrazar a quienes amaba. Pensaba volver aquí, fortalecida, después de unos meses.

Enfrentó a Thomas y hubo gritos y desesperación. Jane dijo: —*Mis hijos vendrán conmigo. ¡No los voy a dejar!* Su postura fue inflexible. Dejaría sus rosas, abandonaría a su esposo...Pero cambiaría su vida porque no podía más. Sentía que el amor de Thomas ya no tenía la fuerza de un imán para sostenerla. Soledad y vacío en el pecho, esas sensaciones que creaban sus desvelos en las noches, fueron decisivas para su partida.

Una fría mañana de julio de 1914, Thomas acompañó a su mujer y a sus hijos al puerto de Buenos Aires. La despedida fue

dolorosa. Jane tenía la certeza de su regreso en unos meses apenas, cuando se sintiera tranquila por el reencuentro con los suyos. La travesía se hizo larga y dificultosa con los problemas que le daban los niños. Tommy intentó pasar su cabeza por el ojo de buey para ver mejor el mar y se hizo una herida cortante en la frente. Frank, cansado del viaje, debía ser buscado por los rincones y se lo encontraba en sus travesuras. Las niñas se despertaban con llantos, durante las noches.

Después de muchos días, tuvieron un despertar diferente...Fueron llamados a cubierta y allí se encontraron rodeados de embarcaciones. Jane registró la escena y la guardó en su memoria. Cuando habían pasado los años, contaba: *Nos levantamos y fuimos a cubierta. Estábamos rodeados de barcos que tenían cañones y nos apuntaban. Mi madre nos abrazó a todos. Sentimos miedo. Los hombres de la tripulación hablaban. Se detuvo la marcha. El capitán de la nave se relacionó con esos hombres de uniforme que hablaban otro idioma... No entendíamos qué ocurría. Después lo supimos. Había empezado la guerra.*

Llegar a Inglaterra no significó toda la alegría que Jane esperaba. Su madre debió ocuparse de sus hijos porque ella, como todas las mujeres jóvenes inglesas, tuvo que ir a trabajar a la fábrica de armas, durante largas horas y todos los días. El mundo vibraba. El militarismo y la carrera armamentista habían aumentado en Europa en los años anteriores a 1914. Las potencias imperialistas competían. El Imperio Británico tenía poderío naval y expansión colonialista. Los países y los reinos habían constituido alianzas, que obedecían a sus intereses políticos. La Triple Alianza estaba

integrada por Alemania, Austria e Italia. Francia, Inglaterra y Rusia unían sus fuerzas en la llamada Triple Entente. El puntapié inicial del conflicto había sido el asesinato del heredero al trono de Austria el 28 de junio de 1914.

Chester había perdido su aspecto de ciudad formal y tranquila. Los juegos de los niños estaban condicionados a mirar qué pasaba en el cielo. Cuando Jane, la hija, fue una mujer adulta empezó a relatar su visión de la guerra: *Se escuchaban los bombardeos. Por las noches, debíamos cubrir las ventanas con mantas. Se temían los ataques aéreos y había que impedir que se viera la luz del interior de las casas. Mi madre no estaba durante el día por su trabajo y llegaba muy cansada. Los hombres jóvenes y sanos se anotaban para ir al frente de batalla. A pesar de todo, concurríamos a una especie de guardería o nursery y mis hermanos mayores iban a la escuela por la mañana y por la tarde. Los alimentos se racionaban. Extrañábamos mucho a nuestro padre.*

La vida continuaba enfrentando dolores y preocupaciones. La fortaleza y la tenacidad caracterizaban a esa gente, movilizada por su nacionalismo. Jane nunca imaginó aquel escenario de horror que iba a encontrar y menos aún, que esa historia cotidiana se iba a repetir durante años, en los que pocas veces tuvo noticias de Thomas. Transitaron un camino de intranquilidad, privaciones y sentimientos encontrados. Frank contaba sus recuerdos: *Los mejores momentos eran los juegos con los chicos. Corretear en las orillas del Río Dee, cuando el sol de la primavera nos permitía estar debajo de los árboles. Pasar por el viejo puente y sentarnos en el pasto. Jugar a la pelota en esos lugares.*

Thomas (hijo) era un jovencito bien dispuesto y muy solidario. Su hermano Frank contaba un episodio risueño, que demostraba su manera de actuar. Una tarde se realizaba por la calle principal una procesión. La encabezaba un hombre herido, que había regresado de la guerra por su discapacidad. Con una pierna inutilizada y haciendo gran esfuerzo llevaba en sus hombros una imagen religiosa que parecía muy pesada. Tommy corrió para asistirlo y llevó la carga marchando con los devotos que cantaban y oraban. Allí, aproximándose al templo anglicano, lo vio su abuela. Inmediatamente lo tomó del brazo y lo sacó del grupo haciéndole entregar la reliquia que portaba a otro participante de la marcha religiosa. Cuando llegaron a su casa, el generoso Tommy recibió el reto y el castigo porque había concurrido a una manifestación de fe que no le correspondía, no eran sus creencias. Eso no estaba bien visto, no debía hacerse.

En tanto, en Tolosa, Thomas (padre) había tenido que adaptar su vida solitaria y estaba al tanto de noticias que espaciadamente, en aquellos tiempos de difícil comunicación, le llegaban desde Europa. La guerra era una preocupación y un tema del que todos hablaban debido a la procedencia de los vecinos y compañeros de trabajo de este hombre. Thomas empezó a buscar refugio en sus compañeros ferroviarios y en el deporte. Comenzó a jugar al cricket, que lo mantenía entretenido cuando no tenía que trabajar como maquinista. Pero el tiempo de espera y la falta de información acentuaban la sensación de abandono. Sentía una creciente preocupación por sus hijos. En plena guerra, Jane no podía regresar

y Thomas no podía viajar para reunirse con la familia. Él había escrito al gobierno de su país y se había ofrecido como soldado para defender a su patria. Recibió una negativa como respuesta, debido a su edad. En el final del conflicto, en 1918, Inglaterra le mandó una medalla atada a una cinta con los colores de la bandera, valorando su gesto de entrega.

Capítulo VIII

El regreso

Uno no puede ponerse del lado de quienes hacen la historia,
sino al servicio de quienes la padecen.

Albert Camus

Los cañones se silenciaron, las trincheras quedaron vacías, volvieron algunos hombres heridos y desilusionados. Había festejos en las calles porque renacía la paz. En muchos hogares, abrazos y lágrimas por los muertos queridos. El gran desafío era tomar fuerzas para volver a empezar sobre el dolor, las casas destruidas y el futuro incierto. Trabajar para alimentar a los niños. Socorrer a los familiares y amigos que estaban heridos en cuerpo y alma. Sonreír ante la dureza de la vida.

Jane había perdido a su hermano en la guerra. Recibía desde lejos, la ayuda de Thomas.. Ella se sentía cansada y debía ser fuerte sin fuerzas. Actuar decidida sin poder decidir. Tenía una historia quebrada, sin continuidad. Su vínculo matrimonial se había cortado como un hilo débil y dentro de ella misma, no encontraba la forma de tejer una trama que la acercara a su pasado lejano. Corría el mes de noviembre de 1918 y se firmaba la paz tan ansiada. Un nuevo ordenamiento se produjo en el mundo. Cambió el mapa europeo. Alemania, el Imperio Austro húngaro y el Imperio Turco fueron los

más perjudicados. Gran Bretaña formó parte de los países aliados que resultaron triunfantes.

A partir del conflicto bélico que se extendió más de lo esperado, la vida se modificó desde distintos puntos de vista. Hubo progresos inmensos en la Medicina, un cambio en la conciencia de muchos seres humanos y el surgimiento de ideales nacionalistas que, años más tarde, le dieron otro giro a la historia universal. Durante seis años Jane se había comunicado por cartas con su marido. Se veía envejecida a pesar de ser una mujer joven aún. Los hijos crecían y ella rescataba lo mejor dentro de su dolor: estaban vivos y sanos. Ellos deseaban encontrarse con su padre. Europa no vivía el mejor momento, al contrario. Después de una guerra, no hay ganadores, solamente sufrimientos y desasosiego.

Durante muchas noches de desvelos, esta mujer se imaginó en un barco. Soñaba con un retorno al jardín de sus rosales y a tener la compañía de aquel hombre que le había dado su afecto y su protección. Lo había enfrentado duramente para salir de viaje a Inglaterra, pero ahora era distinto. Movilizada por las terribles vivencias de la lucha armada, de su trabajo, todavía con miedos, sin una ocupación que le permitiera subsistir fácilmente, planeaba esa vuelta hacia Argentina. Había que juntar dinero, la familia le podría ayudar. Su madre se angustiaba y le decía llorando que se llevaba a sus nietos y que se iban al lugar donde vivían los indios. Recién en 1920 consiguió abordar un barco con los cuatro hijos y esta vez, se despidió para siempre de su hogar, con un duro aprendizaje a cuestas.

La familia arribó al puerto de Buenos Aires el 11 de marzo de 1920, en el buque DESNA, procedente de Liverpool. Jane tenía cuarenta años, el cabello encanecido, estaba delgada y su rostro mostraba surcos en la frente, las arrugas de la piel que el tiempo y las preocupaciones se habían ocupado de grabarle. El azul profundo de su mirada era más apagado. Catalina, la hija más pequeña, había cumplido seis años. Juana tenía ocho. Francisco era un adolescente de once y Tomás, un jovencito de quince años.

Con valijas prestadas, que quizás nunca podría devolver, emprendió el camino con sus chicos hacia la estación del ferrocarril de Constitución. Thomas estaba advertido de su regreso pero las comunicaciones de 1920 no eran rápidas y no había precisión de fechas. Era un día cálido que a ella le recordaba el de su llegada en 1906. Sin embargo la vista del entorno era distinta. Los árboles se veían algo amarillentos, pocos conservaban el follaje verde. La gran ciudad había crecido. Circulaban automóviles por las calles. Con las limitaciones que le daba su idioma, pero con la ayuda de sus hijos varones que se manejaban recordando palabras y frases en español, pudieron sacar los boletos y abordar el tren.

La cabeza de Jane era una mezcla de pensamientos. Se preguntaba tantas cosas sobre su propia vida. Los ojos se fijaban en el paisaje del campo que aparecía a través de la ventanilla, pero su corazón latía con fuerza y estaba alejada del mundo que la rodeaba. De vez en cuando los chicos la sacudían y la obligaban a volver desde su interior. Le arrancaban sonrisas y enojos, pero le daban el motivo para seguir adelante.

Bajaron del tren en Tolosa y allí encontraron a Park, un inglés amigo, también ferroviario, jefe de estación, que colaboró en el traslado del equipaje. Los chicos gritaban y reían. Corrían por el caminito de piedritas paralelo a los corrales, que conducía desde la estación hasta la casa de la calle 28 entre 118 y 119. Había más construcciones y cruces empedrados. John Park ayudaba a Jane en los escalones y en las veredas de adoquines y pozos. Ella luchaba con la pollera larga que le impedía caminar con facilidad y sostenía con la otra mano su sombrero de plumas.

El reencuentro fue de silencios, miradas que calaban el alma y se iban endulzando lentamente. Por fin...el abrazo, sin reclamos, como si el tiempo no hubiera pasado. Un abrazo de seis. Don Tomás era ese hombre que parecía inquebrantable pero que tenía los ojos húmedos. Levantaba en sus brazos a los pequeños y estrechaba contra su pecho a los mayores. La historia los volvía a reunir para ser familia.

Pronto los niños se incorporaron a la escuela. Francisco contaba su experiencia. La maestra dividió el pizarrón en dos y puso tareas distintas en su complejidad, en ambos lados. Le pidió que resolviera los ejercicios que pudiera. En quince minutos, el chico había completado la tarea de los pizarrones y sin errores. Esa prueba diagnóstica fue superada con creces, puesto que el nivel de educación era superior en el país del que procedía. Las niñas, a medida que crecían, concurrían a la escuela de monjas para aprender labores manuales tales como bordado, costura y tejido.

Los compañeros de aventuras infantiles no los habían olvidado y con ellos seguían las picardías de la adolescencia. Aunque sufrían su falta de integración, se rearmaban para continuar la vida que les había tocado en suerte. Doña Juana se reencontró con las mujeres del barrio. Había más vecinos y casas nuevas. La familia inglesa fue testigo del crecimiento de la población tolosana y de la ciudad de La Plata.

Decía Raquel Mazcazzini, hija de aquella mujer que le ayudó en el parto de Catalina: *Doña Juana era una mujer de mucho carácter, era enérgica y trabajadora. A medida que pasaban los años, se fue entristeciendo mucho y se encerró en su casa, no sentía que era de este lugar ni tampoco creía ser parte de su propia tierra.*

Capítulo IX

A partir de 1920

No te rindas que la vida es eso:
continuar el viaje, perseguir tus sueños,
destrabar el tiempo, correr los escombros
y destapar el cielo.

Mario Benedetti

Relata Roberto Abrodos, en su libro:

El Príncipe de Gales estuvo en la Argentina en 1925, su primera visita oficial. El año anterior, el entonces presidente Marcelo T. de Alvear se encontraba en Londres cuando anunció su decisión de invitarlo al país. La llegada del heredero de Jorge V se consideró como de alta importancia diplomática y, por otra parte, se aseguró que ésta tendería a consolidar las relaciones existentes entre ambas naciones y a reforzar las vinculaciones económicas. En los círculos económicos de Londres la gira fue interpretada como el primero de una serie de esfuerzos tendientes a la reconquista de la supremacía comercial de Gran Bretaña en América del Sur. La llegada se produjo el 17 de agosto y su estada se extendió hasta el 28 de setiembre. A nuestra ciudad llegó el 19 de agosto de 1925 y se le tributó un cálido recibimiento en la estación de ferrocarril, descendió en la plataforma número 3 que lucía las banderas argentina e inglesa. Cuando llegó la locomotora se detuvo para saludar con un apretón de manos al maquinista señor Maddox, inspector de máquinas de la

empresa, inglés de nacionalidad con 29 años de servicios. El príncipe y el gobernador transitaron en carroza la diagonal 80 hasta la casa de gobierno, siendo recibido por altas autoridades y se sirvió un almuerzo.¹⁴

En el final de la narración, destaca Roberto que el príncipe recibió a una delegación de residentes ingleses entre los que se encontraban sus abuelos, Jane Brennan y Thomas Withington, sus tíos: Juana, Francisco y Tomás y su madre Catalina Withington. Todos se sintieron halagados con el saludo del príncipe que representaba para ellos un acercamiento a su lejano país.

El 16 de enero de 1927 quedaba librado al servicio público el puente peatonal construido por la empresa del Ferrocarril del Sur en la estación de Tolosa que ha trascendido en el tiempo, siendo un verdadero símbolo tolosano.¹⁵

Otro dato histórico aportado que influyó en la vida de la población del país:

El 6 de setiembre de 1930, fue depuesto el presidente de la Nación Hipólito Irigoyen por el primer golpe de Estado de la época constitucional y nuestra ciudad fue testigo de este hecho que terminaba con su vida política... Llegó al Regimiento de Infantería y dictó la renuncia que pasó a máquina el ex secretario de la gobernación Dr. Lindolfo Villa, allí le expresaron que estaba bajo la custodia y protección del

¹⁴ ABRODOS 2015,222-223.

¹⁵ ABRODOS 2015,225.

regimiento a cualquier costa, a lo que el ex primer magistrado, contestó que “sólo pedía un lugar para descansar porque le era imposible permanecer en pie”. Se instaló en el dormitorio del jefe acompañado por su médico el Dr. Meabe.¹⁶

La situación económica del mundo había cambiado con la Crisis de 1929. Argentina recibía el impacto, con la devaluación del peso argentino en un 40% frente al oro. Se estableció el control aduanero, recargando con impuestos a los artículos importados que podían ser producidos en la Argentina y se realizó un control de cambios. El país quería producir lo que no podía comprar, pero la industrialización no era cosa sencilla.

El 19 de noviembre de 1932, La Plata se vistió de fiesta en su aniversario número cincuenta y concurrieron a los actos conmemorativos el presidente de la Nación, General Justo y el gobernador de la provincia Martínez de Hoz, según detalla Roberto en su texto y agrega que la ceremonia religiosa tuvo lugar en la Catedral, donde se hizo un homenaje a Dardo Rocha, el fundador. Los inmigrantes también estuvieron presentes en los actos de la ciudad, que vieron crecer como a un niño en el transcurso de los años.

A partir de 1933, Thomas empezó a sentir sobre su cuerpo el peso de las obligaciones y de una vida con muchas incertidumbres. Tenía 56 años. Vio crecer a sus hijos, después de haberlos perdido y

¹⁶ ABRODOS 2015,238.

haber padecido el temor de la guerra. Volvió a estar junto a la mujer que había elegido para compartir su camino, pero su salud estaba quebrantada. El cigarro había sido su enemigo inseparable. A él se aferró en sus horas de duda, de búsquedas vacías de afecto y de soledad. En 1934, un infarto terminó con su existencia y cerró el final de la historia de alguien que interpretó la realidad dotándola de un sentido propio.

Jane vistió el luto clásico, que se estilaba en esa época. Su dolor fue más allá del vestido negro que llevaba. Sintió la pérdida del hombre fuerte que había sabido valorar sus luchas, las protestas y los silencios. Ella tenía fortaleza y poco a poco recuperaría las fuerzas para seguir. Los hijos acompañaron los últimos momentos del padre y los pasos de la madre en sus primeras horas de soledad. Luego y como debía ser, cada uno emprendió su propia historia.

Esa mujer pasó a ser abuela Grannie o directamente Grannie. Así la conocieron sus tres primeras nietas. A ellas pudo cantarles canciones de cuna de Inglaterra y enseñarles poemas en inglés. Ellas tuvieron la suerte de probar sus comidas y postres. Compartieron la hora del té con los típicos budines y scones. Conocieron sus mimos y caricias. La vieron regar y podar sus rosales y caminar por las veredas de su cuadra tolosana junto a su perrito blanco.

Lentamente su cabeza se fue aislando del mundo. Quedó como adormecida en un sueño largo del que nunca terminó de despertar. Tras aquellos postigos de madera entornados y de las cortinitas bordadas con hilo de Irlanda, empezó a ver las luces de Chester. Habló de historias lejanas, de barcos y de armas, de risas

de niños y de paz. Cerró sus ojos en un mes de noviembre de 1947. Se quedó en sus rosas que siguen floreciendo cada año en primavera, con un perfume sutil. Todavía están aquí, en el mismo jardín que hoy se puede ver.

Capítulo X

Chester

Here again I am in a state of much enjoyment...
Chester pleases my fancy more than any town I ever saw. ¹⁷

James Boswell

El 21 de mayo de 2012 visité Chester. Recorrer los trescientos kilómetros que la separan de la capital del Reino Unido fue un placer y una descarga de ansiedad. La ciudad está ubicada en el Noroeste de Inglaterra. El tren partió de Euston, la estación londinense, a las 10.09, tal como estaba anunciado y arribó exactamente a las 12, con la puntualidad prevista. A través de la ventanilla pude ver las colinas alfombradas de flores amarillas. Una brisa suave las empujaba, creando un efecto de oleaje ámbar.

Las imágenes desaparecían cuando el tren se ocultaba en los túneles sombríos pero rápidamente resurgían. A lo lejos se veían cursos de agua, brazos de ríos en donde estaban ancladas las barcazas o “narrow boats”. Había viviendas con sus típicos techos a dos aguas y sus chimeneas arracimadas. La formación se detuvo brevemente en dos estaciones: Milton Keynes y Crewe. Parecían sitios prolijos y bien cuidados.

Con latidos intensos y la visión borrosa, descendí en el lugar que siempre había deseado conocer. La vieja estación con sus columnas de metal, sus andenes, su gente, así como la describía

¹⁷ Aquí estoy de nuevo con mucho entusiasmo... Chester me complace más que cualquier otra ciudad que haya visto.

Jane cuando la comparaba con su similar de Tolosa. Una estructura moderna con servicios, cafeterías, comercios diversos y dependencias protege a la construcción antigua que se ha respetado.

Al llegar al portón de salida, mi asombro fue inmenso porque vi una ciudad extraída de las ilustraciones de un cuento de hadas: una callecita que presentaba una curva y balcones de madera que se asomaban curiosos al exterior. Crucé para ver el frente de la estación con su gran reloj. Entonces pensé en Thomas y en las veces que se habría detenido para ver la hora e ingresar a su trabajo. ¡Cuánto les habrá costado a Jane y a él abandonar esa ciudad, su hogar!

Me sentí inmersa en otro tiempo. Más allá de la emoción, hay una larga historia y yo nunca había pisado un lugar que tuviera tanto para contar. Chester fue fundada por los romanos en el año 79 de la Era Cristiana. Todavía se observan los restos de un anfiteatro y columnas subterráneas que pertenecieron a ese período. Con su sabiduría antigua hicieron las galerías debajo del suelo, por donde dirigían el calor por convección hacia distintos ambientes, a partir de una especie de caldera.

La ciudad está atravesada por el río Dee. Aprendí el nombre del río y pude reconocer su viejo puente, a través de los relatos que escuché de Francisco, mi padre. Aún se conservan las murallas medievales y sus cuatro entradas orientadas a los puntos cardinales. Al recorrerla se tiene la sensación de estar viviendo en plena Edad Media. El reloj de la Puerta del Este fue inaugurado en 1897, en ocasión de celebrarse el sexagésimo aniversario del reinado de su

Majestad la Reina Victoria. Subí las escaleras que conducen al puentecito que atraviesa la calle y pude apreciarlo de cerca. El templo de San Pedro y San Pablo, construido en el año 958 fue dedicado luego a San Werburgh y más tarde, convertido en Abadía Benedictina, cambios que se fueron produciendo con el tiempo. En 1069 se empezó a levantar el Castillo de Chester. Es notable ver el estado de conservación de las edificaciones, que según pude saber, tuvieron mejoras arquitectónicas en 1974, para superar el deterioro.

La historia fue dejando sus marcas indelebles en el paisaje urbano: los Romanos, los Normandos, las contiendas civiles, la Era Victoriana, la Revolución Industrial y las dos guerras mundiales. Chester sufrió con los bombardeos desde 1914 a 1918 y luego entre 1939 y 1945, y a pesar de eso, volvió a recuperar su fisonomía. Fue un puerto de importancia y pionero, luego reemplazado por Liverpool, que está a cuarenta y seis kilómetros de distancia. Los distintos monarcas ingleses también definieron el crecimiento o el estancamiento de esta ciudad. Así tuvo sus variaciones en época de los Tudor, los Stuart y las numerosas dinastías que reinaron en el transcurrir de los siglos.

En la Era Victoriana, fue inaugurada la estación ferroviaria (the railway station) en 1848. Transitar por sus calles en el clásico ómnibus de city tour o caminar, resulta una experiencia llena de curiosidades. Las casas bajas o de dos o tres plantas tienen techos con tejas, están pintadas de blanco, en general o en suaves tonos rosados, de ladrillos a la vista. Los frentes se ven decorados con maderas oscuras, recortadas en formas romboidales, oblicuas o

paralelas que engalanan la estética y definen un estilo. La edificación atrae la atención de los visitantes. Las puertas impactan por su solidez, con sus llamadores manuales. Por encima de los dinteles hay arcos que se alargan y forman puntas, semejantes a las aberturas de estilo gótico. Las murallas (the walls) encierran el tesoro de la ciudad secular, son verdaderos muros medievales de defensa, profundos, altos e imponentes. La cruz (the cross) fue centro del comercio y del gobierno durante muchos años. Se conserva actualmente como un monumento destacado en el cruce de dos calles céntricas.

Por la cuidadosa restauración que se hizo de sus edificios y del casco histórico, Chester recibió en 1982, el premio europeo por la preservación de su patrimonio edilicio (European Prize for the Preservation of Historic Buildings) y en 1990 fue premiada por segunda vez. Las construcciones conservan sus fachadas y han sido modernizadas en el interior. Hoy dan albergue a comercios de distintos rubros y shoppings. St. Michel`s Building, terminado en 1910, es un centro de compras distribuido en cuatro niveles. Desde el exterior se aprecia como un conjunto de cinco casas, con su techumbre clásica y su decoración en madera oscura.

El cruce del río a través de los distintos puentes permite ver más allá de la ciudad amurallada. La caminata por los alrededores descubre a la ciudad nueva y pujante y el cinturón industrial que la rodea. Un grupo de turistas filma las márgenes del río, pobladas de árboles. Hacen un paseo en el catamarán que lleva el nombre de

“Mark Twain Showboat”. El verde nuevo de la primavera renace en la ciudad vieja.

La búsqueda del domicilio familiar y de algunos rastros del pasado no fue exitosa. El transcurso de los años hizo desaparecer huellas. Deseaba encontrar fantasmas en Chester. Sentía comodidad y placer en el lugar. Tenía la certeza de ser observada por alguien, desde una ventana, una callecita, un mirador, el puente o cualquier rincón. Boughton Street 48, la casa que describía papá, seguiría viva en mis pensamientos y en la historia que les contaría a mis hijos y a mis nietos.

Las imágenes que acompañan a las crónicas

- 1.-Puerto de Liverpool, desde donde partieron los inmigrantes (Fotografía de 1996).
- 2.-Antiguo Hotel de los inmigrantes, ubicado en la ciudad de Buenos Aires. En la actualidad es el Museo de la Inmigración.
- 3.-Certificado de arribo de Thomas Withington, obtenido de los archivos de la Dirección Nacional de Población y Migración a través de CEMLA (Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos).
- 4.-Fotografía del grupo familiar tomada en 1909. El tiempo borró la figura del bebé que Jane tiene en sus brazos. La imagen fue tomada por el estudio Bach, ubicado en la calle 7 entre 48 y 49.
- 5.-Molino La Julia fundado en 1886, en Tolosa.
- 6.-Publicidad que figuraba en el Álbum editado en conmemoración del cincuentenario de Fundación de La Plata. Muestra un comercio de ramos generales cuya sucursal estaba en calle 29 (hoy 529) y 116.
- 7.-Antigua estación ferroviaria de Tolosa.
- 8.- Esquina sin ochava de 1 y 28 (528). Actualmente preservada como Patrimonio histórico.
- 9.-Primera Capilla tolosana. Hoy funciona el Museo del Automóvil. (Avenida 1 entre 34 y 35)
- 10.-Vista actual de la parroquia Nuestra Señora del Carmen, que fue inaugurada en 1906.
- 11.-Imágenes del libro traído de Inglaterra: The Household Physician y del juego de té de loza inglesa.
- 12.-Señaladores de seda encontrados entre las páginas del libro.

- 13.-El reloj de plata de Thomas y su carnet de ferroviario.
- 14.-El rosal plantado por Jane a su regreso de Inglaterra, que aún sobrevive.
- 15.-Certificado de arribo a América de Frank, quien llegó en 1920 con su madre y sus hermanos.
- 16.-Fotografía extraída del diario El Día en su edición de 1982 conmemorando el centenario de La Plata. La página fue dedicada a visitantes ilustres y se observa al Príncipe de Gales, en agosto de 1925.
- 17.-Puente sobre el Río Dee, en Chester, Inglaterra. Lugar de los juegos de los niños de esta familia.
- 18.-Las murallas medievales de Chester, que encierran a la ciudad histórica.
- 19.-El Reloj de la Puerta del Este, erigido para celebrar el sexagésimo aniversario del reinado de Victoria, en la ciudad de Chester.
- 20.-The Cross, un monumento en el cruce de calles del centro antiguo de Chester.



1. Puerto de Liverpool



2. Museo de los Inmigrantes, ex Hotel de los Inmigrantes

Certificado de arribo a América

THOMAS WITHINGTON
de Nacionalidad **INGLESA**
procedente de **LIVERPOOL**
llegó a **BUENOS AIRES**
30 de Enero de 1906
en el buque **ELISA ANNA**

Sus datos de origen son:

Edad : 28 años
Estado Civil : CASADO
Profesión : MAQUINISTA DE T...
Religión : PROTESTANTE
Nacido : DESCONOCIDO

La información consignada fue obtenida por el C.E.M.L.A. según los registros del Embarque de inmigrantes de la Dirección Nacional de Población y Migración. No obstante este Certificado no tiene validez para realizar cualquier trámite administrativo, judicial o de otro índole.

3. Certificado de arribo a América de Thomas



4. Fotografía del grupo familiar (1909)



5. Molino La Julia

CASA "RIPOLL"

FUNDADA EN EL AÑO 1804

Almacén por mayor y menor
Ferretería, Bazar, Cristalería, Legumbres

Especialidad en vinos finos,
Extrangeros y del país





Casa Central:
Calle 42 esq. 12-U. T. 1604

Sucursal:
Calle 29 esquina 116

DE ANTONIO RIPOLL

6. Publicidad en el álbum del cincuentenario de la Fundación de La Plata



7. Estación de Tolosa



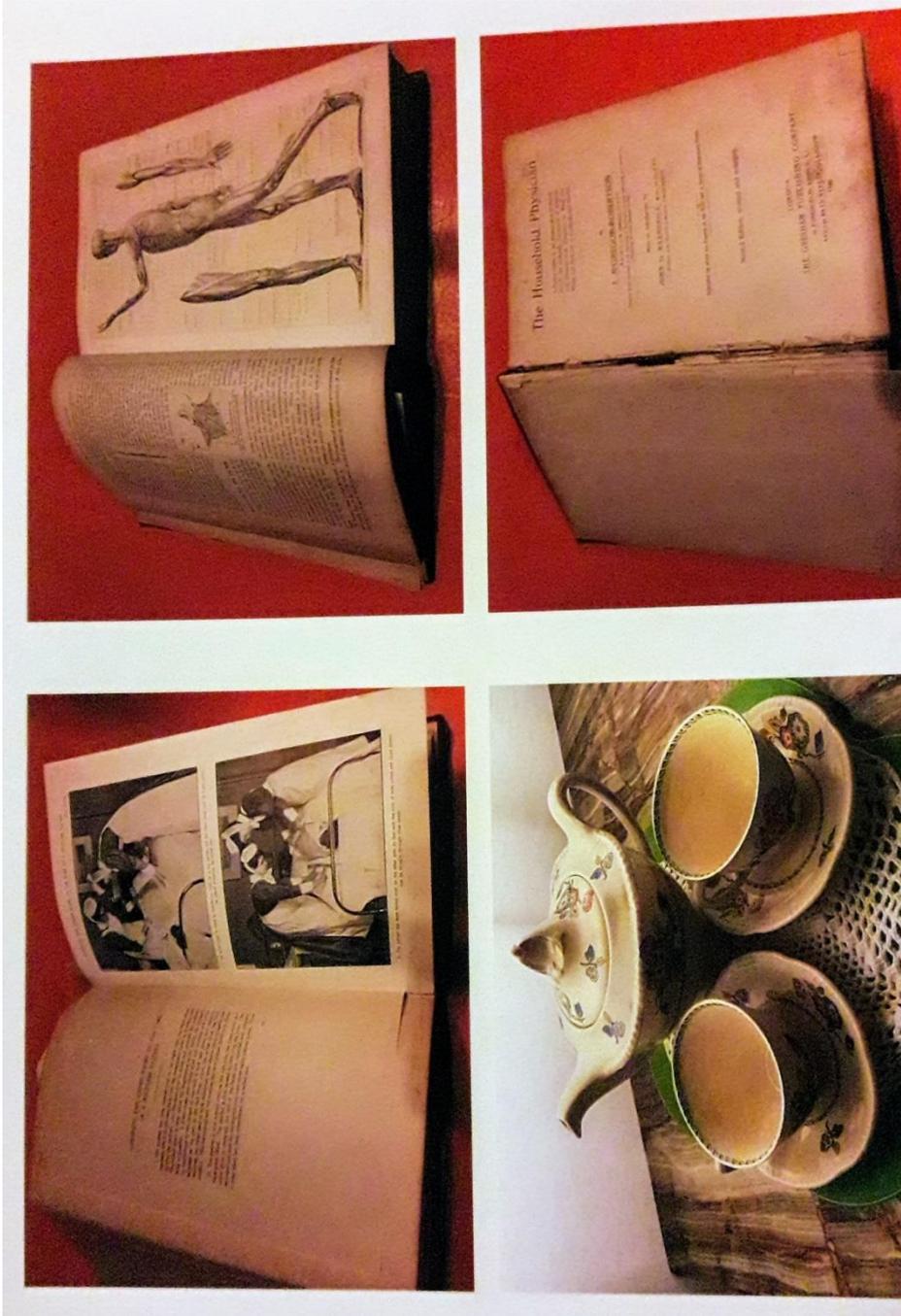
8. Esquina sin ochava de 1 y 28 (hoy 528)



9. Antigua capilla de Tolosa



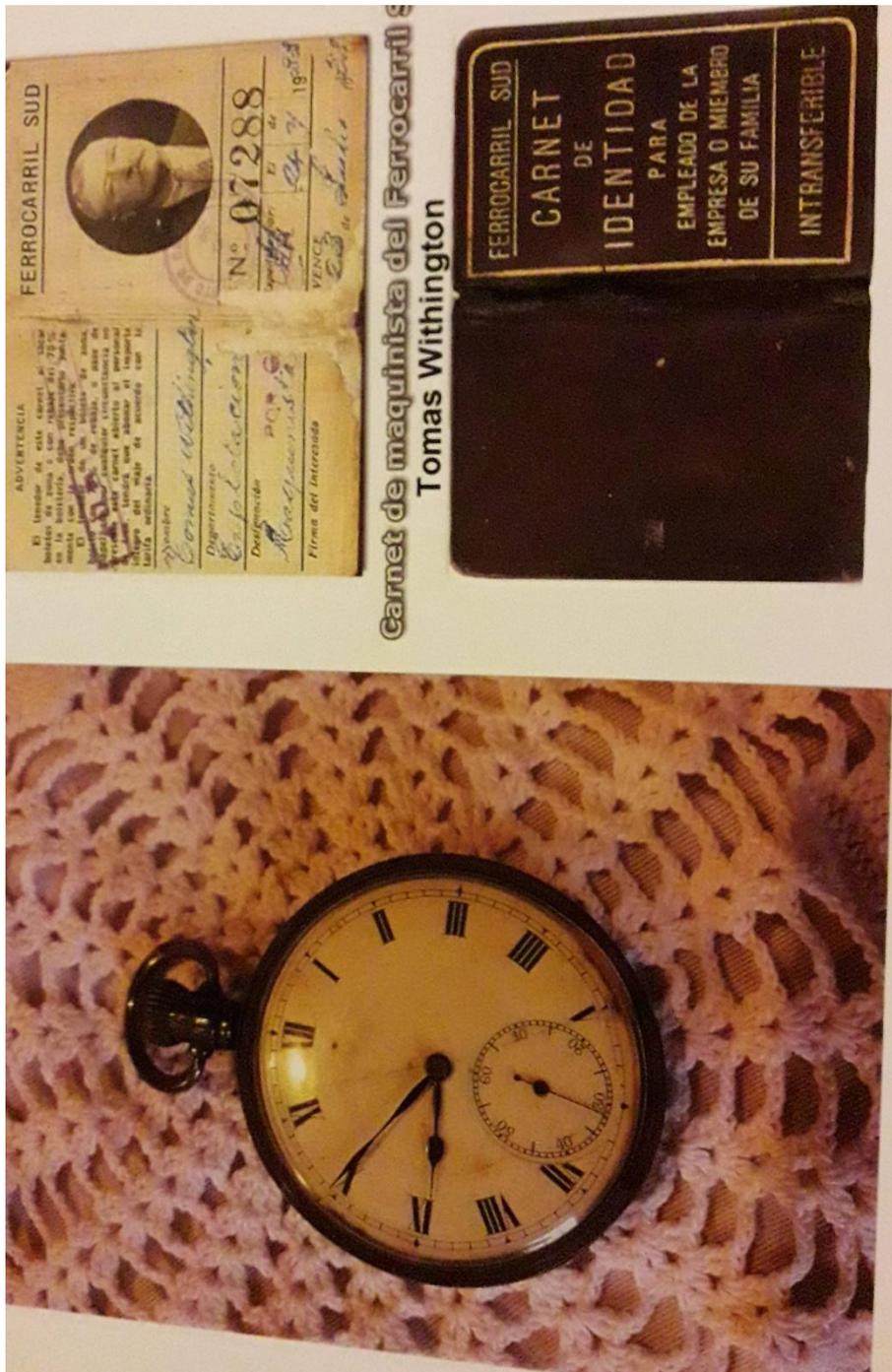
10. Iglesia Nuestra Señora del Carmen (imagen actual)



11. Libro traído de Inglaterra. Juego de té original



12. Señaladores de seda



13. Reloj de plata de Thomas y su carnet de ferroviario



14. El rosal de Jane

Certificado de arribo a América

FRANK WITHINGTON
*de Nacionalidad INGLESA
procedente de LIVERPOOL
llegó a BUENOS AIRES
11 de Marzo de 1920
en el buque DESNA*

Sus datos de origen son:

Edad: 11 años
Estado Civil: SOLTERO
Profesión: SIN PROFESION
Religión: CATOLICA
Nacido: DESCONOCIDO

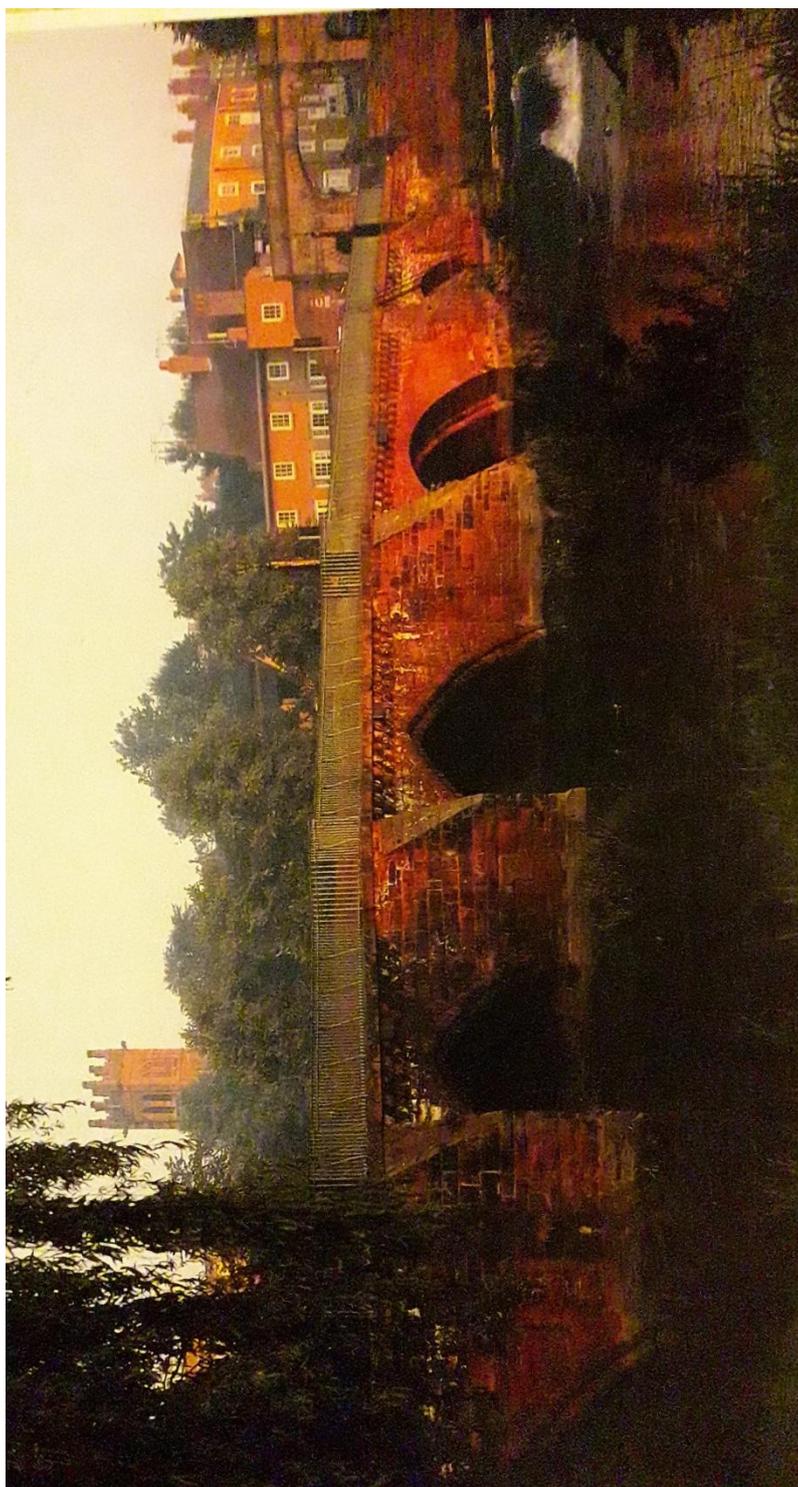
La información consignada fue obtenida por el C.E.M.L.A., según los registros del Embarque de inmigrantes de la Dirección Nacional de Población y Migración. No obstante este Certificado no tiene validez para realizar cualquier trámite administrativo, judicial o de otra índole.

15. Certificado de arribo de Frank

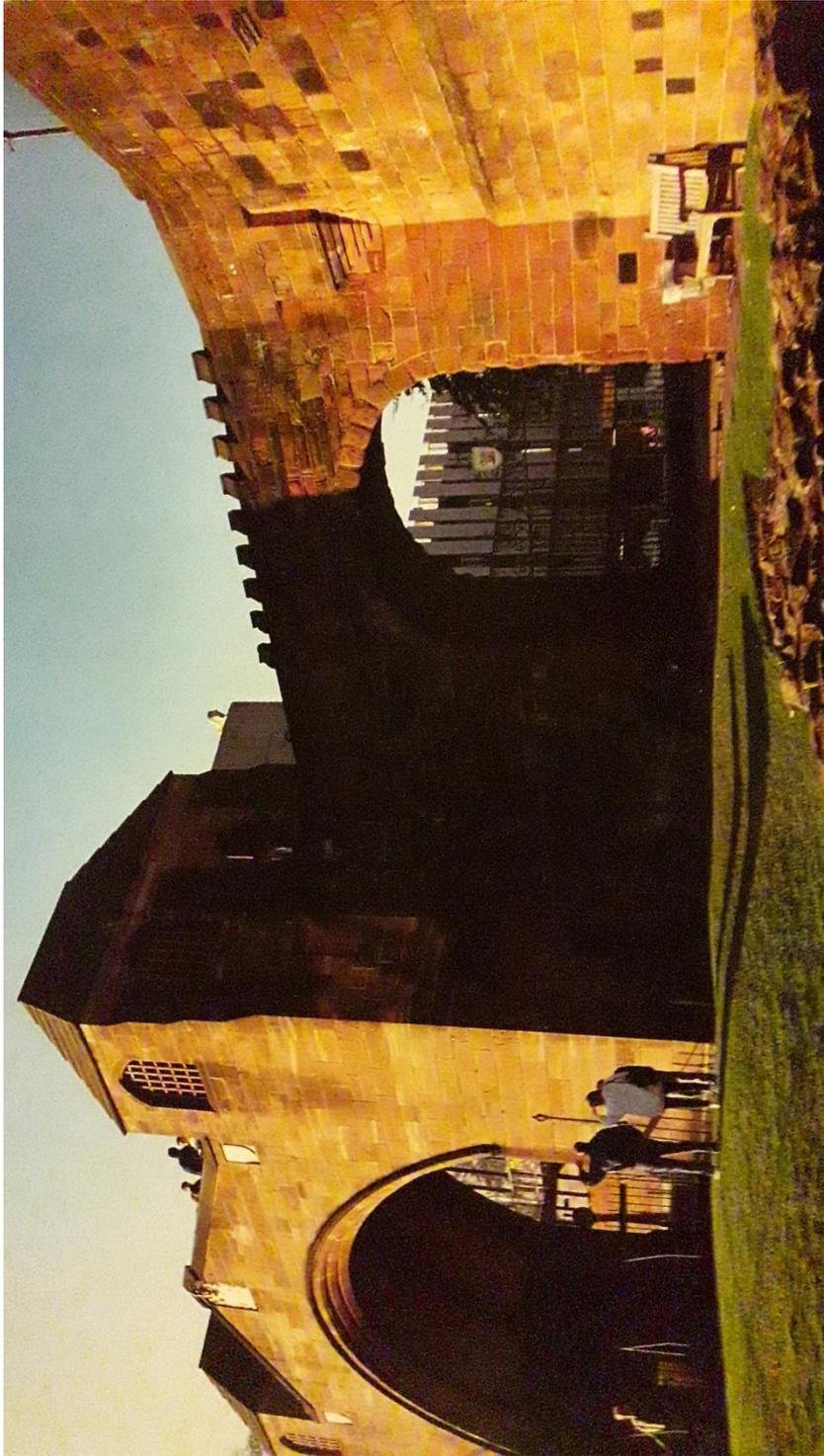


El príncipe de Gales acompañado por el gobernador D. José L. Cantillo, durante la visita que efectuó a la ciudad el 19 de agosto de 1926.

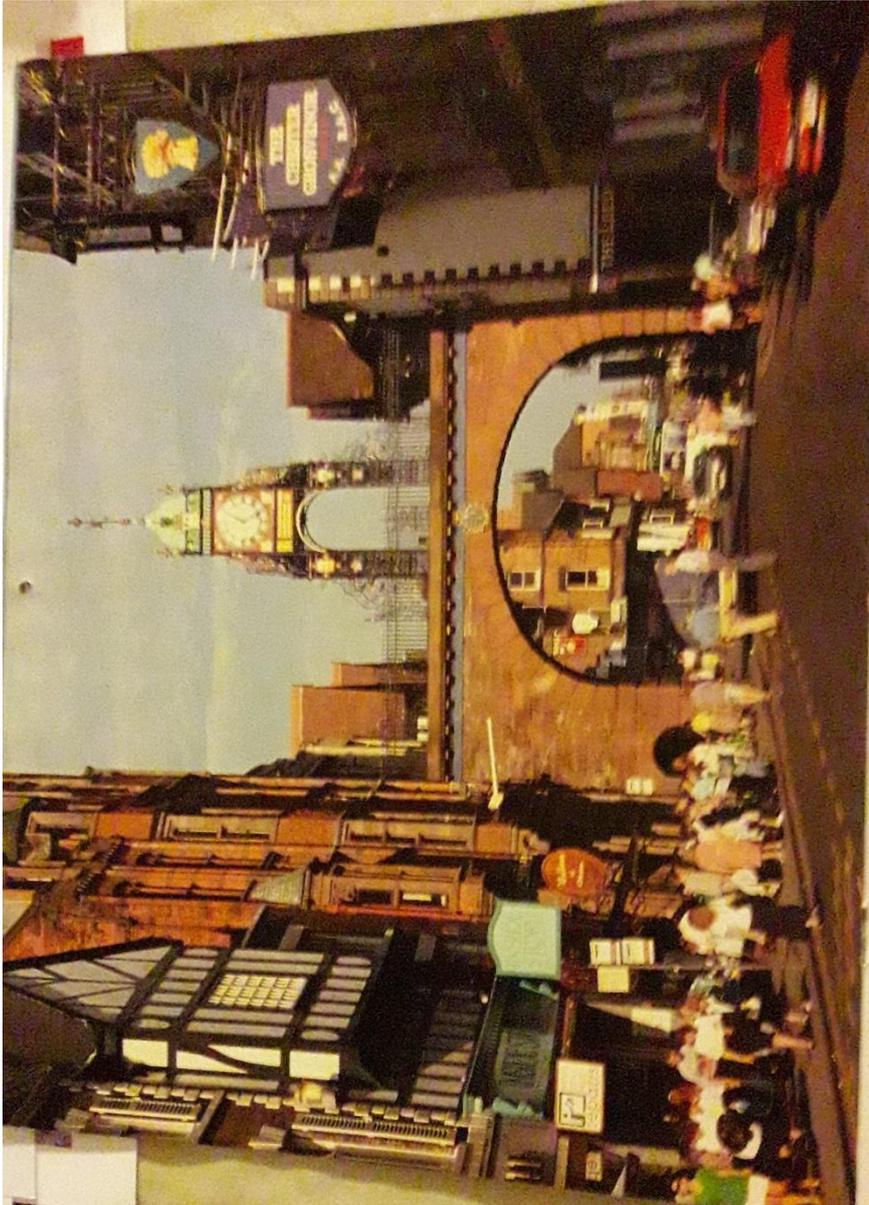
16. Visitante ilustre de La Plata



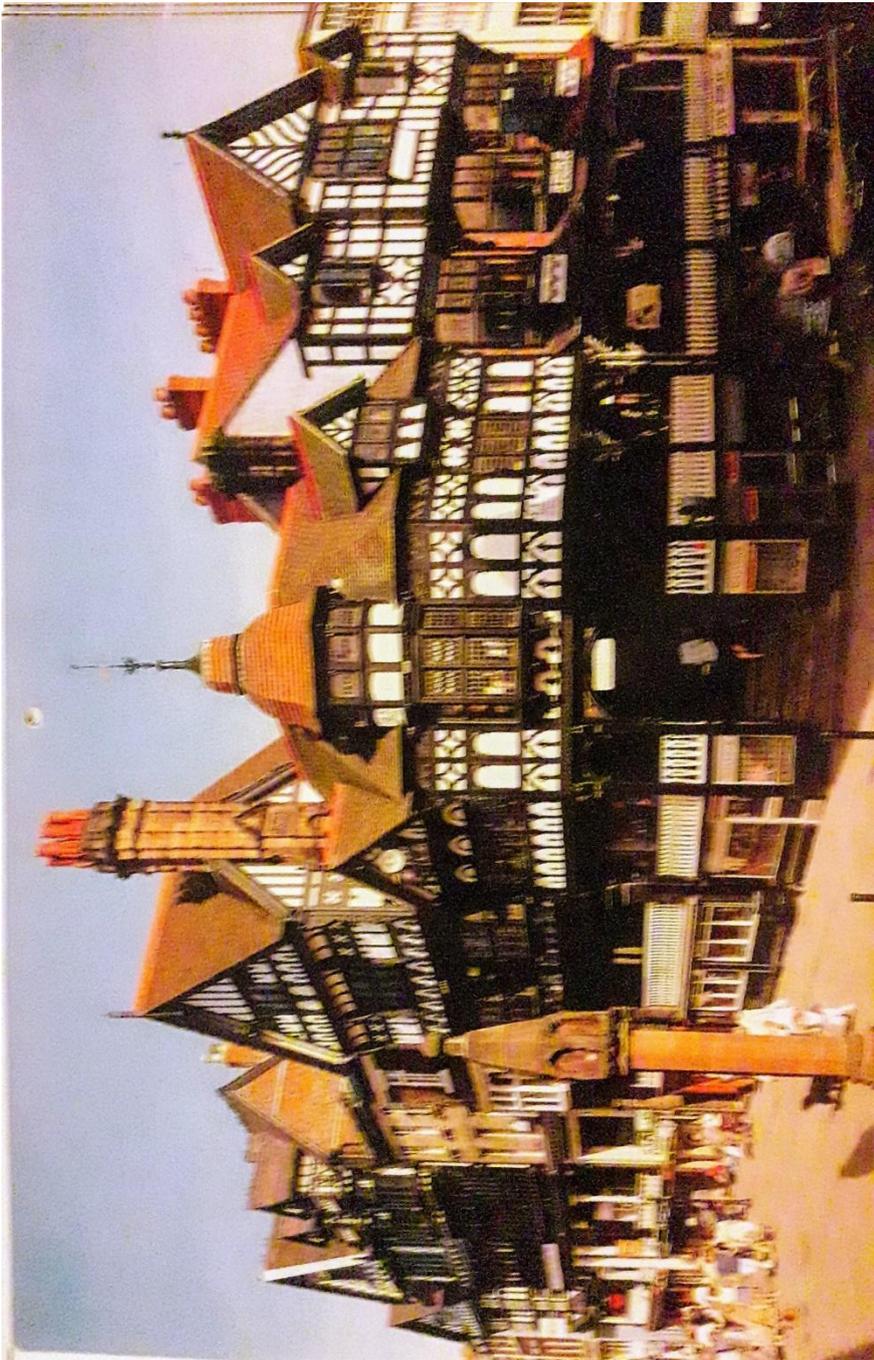
17. Puente sobre el río Dee, en Chester



18. Murallas medievales (Chester)



19. Reloj de la puerta del Este (Chester)



20. The Cross (Chester)